Trabajos de amor perdidos

Comentario [LT1]:

William Shakespeare

Personajes

FERNANDO, *rey de Navarra.*
BEROWNE, *Señor del séquito del rey.*
LONGAVILLE, *Señor del séquito del rey.*
DUMAINE, *Señor del séquito del rey.*
BOYET, *Señor del séquito de la princesa de Francia.*
MARCADE, *Señor del séquito de la princesa de Francia.*
DON ADRIANO DE ARMADO, *español excéntrico.*
SIR NATANIEL, *cura párroco.*
HOLOFERNES, *maestro de escuela.*
DULL, *alguacil.*
COSTARD, *gracioso.*
MOTH, *paje de Armado.*
UN GUARDABOSQUE.
LA PRINCESA DE FRANCIA.
ROSALINA, *Dama del séquito de la princesa.*
MARÍA, *Dama del séquito de la princesa.*
CATALINA, *Dama del séquito de la princesa.*
JAQUINETA, *aldeana.*
OFICIALES *y otras personas del cortejo del rey y de la princesa.*

ESCENA.- *Navarra.*

Acto Primero

Escena Primera

Parque del rey de Navarra.

Entran EL REY, BEROWNE, LONGAVILLE *y* DUMAINE.

EL REY.- Que la fama, perseguida por todos después de su existencia, viva registrada en nuestras tumbas de bronce, y nos preste luego su gracia en la desgracia de la muerte; cuando, a despecho de este voraz devorador, el tiempo, adquiramos por el esfuerzo del soplo presente aquel honor que logre enervar el acerado filo de su guadaña, y nos convierta en herederos de la eternidad. Por consiguiente, bravos conquistadores -pues sólo lo sois vosotros, que guerreáis contra vuestros propios sentimientos y el ejército enorme de anhelos del mundo-, observemos en toda la rudeza de sus cláusulas nuestro último edicto. Navarra será el asombro del universo. Nuestra corte, una pequeña academia, apacible y contemplativa, consagrada al arte. Vosotros tres, Berowne, Dumaine y Longaville, habéis jurado vivir conmigo por término de tres años, como camaradas de estudios, y guardar los estatutos contenidos en este documento. Formulasteis ya vuestros votos, y ahora sólo resta suscribirlos con vuestros nombres. ¡Que su propia mano prive de su honra al que viole el más pequeño artículo de los aquí trazados! Si tenéis el valor de cumplir vuestras promesas, como habéis tenido el de empeñar seriamente vuestras palabras, firmad y permaneced fieles.

LONGAVILLE.- Estoy resuelto; tres años transcurren con rapidez. El alma banqueteará, aunque el cuerpo ayune. Los vientres voluminosos poseen flacas molleras, y los bocados exquisitos enriquecen los miembros; mas el ingenio da en quiebra completamente.

DUMAINE.- Mi amado señor, Dumaine se halla afligido. Los groseros modales del deleite mundanal los abandona a los viles esclavos de este mundo grosero. Ante el amor, la riqueza y la pompa, desfallezco y sucumbo. Me comprometo a vivir con todos vosotros en la filosofía.

BEROWNE.- No puedo sino amplificar sus protestaciones, querido soberano, habiendo jurado ya vivir y estudiar aquí tres anualidades. Pero quedan otros estrechos compromisos, como no ver mujer alguna en este término, cláusula que espero no se habrá anotado; no tomar alimento un día a la semana y no hacer sino una comida al día, lo cual espero igualmente no se habrá anotado; y además, dormir tan sólo tres horas de noche y no cerrar los ojos en el curso de la jornada..., cuando tengo por costumbre dormir tranquilamente toda la noche y aun hacer una espesa noche de la mitad del día. ¡Espero que esto tampoco se habrá anotado! ¡Oh! ¡Serían rudas tareas, difíciles de cumplir, no ver mujeres, estudiar, ayunar, no dormir!

EL REY.- Vuestro juramento se acondicionó a las expresadas condiciones.

BEROWNE.- Permitidme contradeciros, mi soberano, si os place. He jurado únicamente estudiar con Vuestra Gracia y permanecer tres años en vuestra Corte.

LONGAVILLE.- Berowne, habéis jurado eso y lo demás.

BEROWNE.- Entonces, señor, sea como fuere, he jurado de broma. ¿Cuál es el objeto del estudio? Que lo sepa yo.

EL REY.- Conocer lo que, de otro modo, ignoraríamos.

BEROWNE.- ¿Os referís a las cosas ocultas y negadas al sentido común?

EL REY.- Sí, que es la divina recompensa del estudio.

BEROWNE.- Veamos, pues. Juro estudiar para saber lo que se me impide que conozca. Por ejemplo, estudiar dónde puedo almorzar bien, cuando se me prohiba expresadamente el festejarme; estudiar dónde encontrar una dama bonita, cuando, a despecho del sentido común, se escondan ellas; o, habiendo hecho un juramento demasiado difícil de guardar, estudiar el modo de quebrantarlo sin quebrantar mi fe. Si el beneficio del estudio consiste en conocer así lo que ignoramos, hacedme jurar, que nunca diré que no.

EL REY.- Citáis precisamente aquellas distracciones que se oponen al estudio y encadenan nuestro entendimiento a vanos deleites.

BEROWNE.- ¡ Cómo! Todos los deleites son vanos; pero el más vano es aquel que, adquirido con pena, no rinde sino pena, como investigar penosamente sobre un libro, en busca de la luz de la verdad, mientras esta verdad, en el propio instante, ciega pérfidamente la vista de su libro. La luz que busca la luz, hace lucir el engaño de la luz. Así, antes que halléis la luz en el seno de las tinieblas, vuestra luz se tornará obscura por la pérdida de vuestros ojos. Estudiad, más bien el medio de regocijar vuestros ojos fijándolos en otros más bellos, que aunque os deslumbren, al menos os servirán de gula y os devolverán la luz que os hayan robado. El estudio es semejante al sol glorioso del cielo, que no permite que le escudriñen a fondo con insolentes miradas. Poco han ganado nunca los estudiosos asiduos, salvo una ruin autoridad emanada de los libros de otros. Esos padrinos terrestres de las luces del cielo, que bautizan a cada estrella fija, no alcanzan más provecho de sus brillantes noches que los que se pasean sin conocer dichos astros. El exceso de estudio no sirve sino para daros un nombre, gloria que os pueden otorgar todos los padrinos.

EL REY.- ¡Qué sabio es, cuando trata de apostrofar a la ciencia!

DUMAINE.- ¡No se emplearía mejor procedimiento para detener el progreso!

LONGAVILLE.- ¡Arranca el trigo y deja crecer las malas hierbas!

BEROWNE.- ¡La primavera está próxima, cuando incuban los tiernos gansos!

DUMAINE.- ¿Qué se sigue de eso?

BEROWNE.- Que todas las cosas, en su tiempo y lugar.

DUMAINE.- Pierde el concepto.

BEROWNE.- Tanto mejor para la rima.

LONGAVILLE.- Berowne es semejante a la dañosa helada, cuyas ardientes mordeduras perjudican los primeros retoños de la primavera.

BEROWNE.- Bien; y digo yo: ¿por qué el orgulloso estío ha de envanecerse antes que los pájaros hallen causa para cantar? ¿Por qué he de regocijarme de un nacimiento abortivo? No apetezco en Navidad más una rosa, que deseo la nieve en las risueñas y presumidas festividades de mayo, sino que cada cosa la quiero en su estación. Así pues, ahora es demasiado tarde para que os dediquéis al estudio; tanto valdría escalar una casa para abrir una diminuta puerta.

EL REY.- Bien quedaos vosotros; marchaos vos, Berowne. Adiós.

BEROWNE.- No mi buen señor. He jurado permanecer con vos; y aunque haya hablado más sobre la ignorancia que podríais decir vos sobre la ciencia angélica, mantendré mi juramento y sufriré la penitencia cada ino de los días de estos tres años. Entregadme ese papel, que yo lo lea y firme con mi nombre los más vigorosos decretos.

EL REY.- ¡He aquí una sumisión que te levanta a nuestros ojos!

BEROWNE *(Leyendo.).- «Item. Ninguna mujer se acercará a más de una milla de mi Corte.»*¿Se ha proclamado esto?

LONGAVILLE.- Hace cuatro días.

BEROWNE.- Veamos la penalidad. *(Leyendo.) «Bajo pena de perder la lengua.»* ¿Quién ha tomado esta decisión?

LONGAVILLE.- A fe mía, a mí se debe.

BEROWNE.- Y ¿por qué, distinguido señor?

LONGAVILLE.- Para atemorizarlas con esta terrible penalidad.

BEROWNE.- ¡Peligrosa ley para la galantería! *(Leyendo.) «Item. Si es sorprendido un hombre conversando con una mujer en el transcurso de estos tres años, soportará la humillación pública que tenga a bien imponerle la Corte.»* He aquí un artículo, mi soberano, que vos mismo infringís. Pues bien sabéis que viene en calidad de embajadora la hija del rey de Francia -joven doncella llena de gracia y majestad-, deseosa de conferenciar con vos respecto de la cesión de la Aquitania por su decrépito padre, que se encuentra enfermo y postrado. Por consiguiente, este artículo es inútil o en vano se aproxima la admirable princesa.

EL REY.- ¿Qué decís, señores? Había olvidado completamente esta circunstancia.

BEROWNE.- Tanto celo rebasa siempre los límites. Mientras busca poseer lo que desea, olvida lo que debiera saber; y cuando consigue la cosa a que aspiraba más vivamente, su conquista es a la manera de una ciudad tomada por el fuego, tan pronto ganada como perdida.

EL REY.- Forzosamente habremos de suprimir esa cláusula, pues es de toda necesidad que la princesa permanezca aquí.

BEROWNE.- La necesidad nos convertirá a todos en perjuros, tres mil veces en el espacio de tres años. Cada uno de los hombres nace con inclinaciones, que puede reprimir; mas no la voluntad, sino por especial privilegio. Si quebranto alguno de mis votos, yo también, por haber perjurado, alegaré la excusa de que era «de toda necesidad». ¡Suscribo, pues, con mi nombre estas leyes! *(Firma.)* ¡Y que el que las contravenga en el más ínfimo grado, quede bajo la humillación de un oprobio eterno! Las tentaciones son iguales para los demás que para mí; pero creo, aunque con cierta repugnancia, que seré el último en faltar a mi juramento. Y ahora, ¿no contamos con ninguna animada recreación?

EL REY.- Sí que la hay. Nuestra Corte, como sabéis, se halla frecuentada por un viajero español refinado. Un hombre al corriente de la moda universal, cuyo cerebro encierra una fábrica de frases, y que se complace en la música de sus insulseces como en la audición de una armonía encantadora; un caballero de alta prosapia, a quien la equidad y la injusticia han elegido como árbitro de sus contiendas. Este engendro de la fantasía, que se llama Armado, mientras reposemos de nuestros estudios, nos contará, en escogidas palabras, las proezas de muchos caballeros de la grande España, proezas que el mundo ha olvidado. Ignoro hasta qué extremo ha de divertiros, señores; pero afirmo que me placerá oírle mentir, y lo haré mi trovador.

BEROWNE.- Armado es el más ilustre de los seres; el hombre de las palabras modernistas, el caballero de su propia moda.

LONGAVILLE.- El bruto de Costard y él nos servirán de diversión; de suerte que, estudiar en estas condiciones, tres años parecerán cortos.

(Entran DULL, *con una carta, y C*OSTARD.)

DULL.- ¿Cuál es la verdadera persona del duque?

BEROWNE.- Esta, camarada. ¿Qué deseas?

DULL.- Yo mismo represento su propia persona, pues soy «arguacil» de Su Gracia; pero quisiera ver su propia persona en carne y sangre.

BEROWNE.- Hela aquí.

DULL.- El signior Arm... Arm... os saluda. Suceden cosas villanas en público. Esta carta será más explícita.

COSTARD.- Señor, el contenido de esa carta me incumbe.

EL REY.- ¡Una carta del magnífico Armado!

BEROWNE.-Por fútil que sea la materia de que trate, espero en Dios que encierre grandes conceptos.

LONGAVILLE.- ¡Grande esperanza para bien poca sublimidad! ¡Dios nos otorgue paciencia!

BEROWNE.- ¿Para escuchar, o para abstenernos de reír?

LONGAVILLE.- Para escuchar convenientemente, señor; para reír con moderación, o para abstenernos de lo uno y de lo otro.

BEROWNE.- Bien, eso dependerá, señor, de la hilaridad que nos cause el trepar por la barrera de su estilo.

COSTARD.- La cuestión me atañe, señor, como concerniente a Jaquineta. El hecho es que he sido cogido en el hecho.

BEROWNE.- ¿En qué hecho?

COSTARD.- En el hecho y forma siguiente, señor, que vale por tres. Me han visto con ella en el palacio, sentado al lado suyo en forma, y he sido sorprendido siguiéndola los pasos en el parque. Todo lo cual ha dado lugar al hecho y forma que siguen. Ahora bien, señor; en cuanto al hecho, es el hecho de hablar un hombre con una mujer. En cuanto a la forma...

BEROWNE.- ¿Qué se seguirá?

COSTARD.- Se seguirá el castigo que se me impusiere. Y Dios defienda al derecho.

EL REY.- ¿Queréis escuchar esta carta con atención?

BEROWNE.- Como si oyéramos un oráculo.

COSTARD.- Con la misma ingenuidad con que el hombre da oídos a la voz de la carne.

EL REY *(Leyendo.).- Gran rey, vicegerente del cielo y dominador único de Navarra, Dios terrestre de mi ánima y nutricio patrón de mi cuerpo...*

COSTARD.- Todavía no ha mencionado a Costard.

EL REY.- *He aquí el caso...*

COSTARD.- En tal caso, si así lo dice acaso, hablando con franqueza, sólo es un caso...

EL REY.- ¡Silencio!

COSTARD.- Para mí y para todos aquellos que no se atrevan a batirse.

EL REY.- ¡No hables!

COSTARD.- Del secreto de los demás, os lo suplico.

EL REY.- *He aquí el caso. Asediado por una sable melancolía, sometía mi oprimente humor negro al remedio salutífero de tu atmósfera reconfortante; y, como soy un hijodalgo, me decidí a dar un paseo. ¿A qué hora? Alrededor de las seis, cuando pacen mejor las bestias, picotean con mayor apetito las aves, y los hombres se sientan a la mesa para tomar ese refrigerio que vulgarmente se llama cena. Esto por lo que a la hora se refiere. En cuanto al terreno, quiero decir el sitio en que me paseaba, se denomina tu parque. En cuanto al*

emplazamiento, quiero decir el lugar donde fuí testigo del suceso más obsceno y trastrocado, que hace exprimir de mi nívea pluma esta tinta color de ébano que tú ves, miras, observas y distingues; en cuanto al lugar, continúo, se halla situado al Nornordeste y al Este del ángulo Oeste de tu jardín, tan curiosamente inextricable. Allí es donde he visto ese pastor de alma mezquina, ese miserable pichichán que te hace reír...

COSTARD.- ¡Yo!

EL REY.- *Ese espíritu iletrado y romo...;*

COSTARD.- *¡Yo!*

EL REY.- *Ese vasallo superficial...;*

COSTARD.- ¡Todavía yo!

EL REY.- *Que, si no me engaño, se llama Costard...*

COSTARD.- ¡Oh! ¡Yo!

EL REY.- *En conferencia secreta y a solas, contrariamente al edicto que proclamaste y promulgaste, de la ley de continencia, con... con... ¡Oh!, no me atrevo a decir con quién...*

COSTARD.- Con una muchacha.

EL REY.- *Con una hija de nuestra abuela Eva, con una hembra, o, para hablar claro, con una mujer. Tal hombre es el que te envío -como mi inquebrantable deber me ordena- para que reciba el castigo a que se ha hecho acreedor, bajo la custodia del pundonoroso oficial de Vuestra Majestad, Antonio Dull, hombre de reputación, buena conducta, excelentes costumbres y estimación probada.*

DULL.- Yo, si no lo habéis a mal. Yo soy Antonio Dull.

EL REY.- *En cuanto a Jaquineta (que tal se llama este vaso frágil, a quien he sorprendido con el arriba mencionado bribón), la retengo como recipiente de la cólera de tu ley, y a la menor indicación tuya la conduciré ante tu presencia. Tuyo, con todas las expresiones de afecto de un corazón adicto, y ardiendo en el deseo de cumplir con su deber,*

Don Adriano de Armado.

BEROWNE.- *No* está tan bien como yo esperaba; pero, aun así, es de lo mejor que he oído.

EL REY.- En efecto, de lo mejor de lo peor. Y tú, belitre, ¿qué respondes a eso?

COSTARD.- Señor, reconozco lo de la muchacha.

EL REY.- ¿No te has enterado de la promulgación de nuestro edicto?

COSTARD.- Confieso haberme enterado; pero apenas paré atención en él.

EL REY.- Se ha impuesto la pena de un año de prisión a todo aquel que sea sorprendido con una moza.

COSTARD.- Yo no he sido sorprendido con una moza, señor, sino con una señorita.

EL REY.- Bien; el edicto dice: «una señorita».

COSTARD.- No era tampoco una señorita, señor; era una virgen.

EL REY.- También se halla eso especificado. En el edicto consta igualmente «una virgen».

COSTARD.- Si es así niego su virginidad. Fuí sorprendido con una doncella.

EL REY.- Esa doncella no te servirá de nada.

COSTARD.- Esa doncella me servirá, señor.

EL REY.- Voy a pronunciar tu sentencia. Por ocho días estarás a pan y agua.

COSTARD.- ¡Preferiría un mes a carnero y sopas!

EL REY.- Y don Armado será tu guardián. Señor Berowne, encargaos de que se le confíe. Y por lo que respecta a nosotros, señores, procedamos a poner en práctica lo que unos y otros hemos jurado solemnemente.

(*Salen* EL REY, LONGAVILLE *y* DUMAINE.)

BEROWNE.- Apostaría mi cabeza contra el sombrero de cualquier hombre de bien, a que no tardarán en violarse esos juramentos y esas leyes. ¡Vamos, pícaro!

COSTARD.- Padezco persecución por la verdad, señor; porque la verdad es que me han sorprendido con Jaquineta, y Jaquineta es una verdadera muchacha. ¡Saludo, por tanto, la amarga copa de la prosperidad! Tal vez la aflicción vuelva a sonreírme un día. ¡Hasta entonces, reposa, dolor! *(Salen.)*

Escena Segunda

El mismo lugar.

Entran ARMADO *y* MOTH.

ARMADO.- Muchacho, ¿qué significa que un hombre de gran talento se vuelva melancólico?

MOTH.- Es señal evidente, señor, de que mirará con aire triste.

ARMADO.- ¡Cómo! La tristeza y la melancolía son una y la misma cosa, querido pequeño.

MOTH.- ¡No, no! ¡Por Dios, señor, no!

ARMADO.- ¿En qué puedes distinguir la tristeza de la melancolía, mi tierno mozalbete?

MOTH.- En virtud de una demostración familiar de sus resultados, mi viejo coriáceo.

ARMADO.- ¿Por qué viejo coriáceo? ¿Por qué viejo coriáceo?

MOTH.- ¿Por qué tierno mozalbete? ¿Por qué tierno mozalbete?

ARMADO.- He empleado la expresión de tierno mozalbete como un epíteto congruo, conveniente a tus tempranos días, que podemos calificar de tiernos.

MOTH.- Y yo la de viejo coriáceo, como una denominación adecuada a vuestra edad, que podemos llamar coriácea.

ARMADO.- Gracioso y oportuno.

MOTH.- ¿Qué queréis decir, señor? ¿Que soy gracioso y mi respuesta oportuna? ¿O que soy oportuno y mi respuesta graciosa?

ARMADO.- Eres gracioso, porque eres pequeño.

MOTH.- Entonces soy un pequeño gracioso. Ahora, ¿por qué oportuno?

ARMADO.- Porque eres vivo.

MOTH.- ¿Decís eso para hacerme un elogio, señor?

ARMADO.- Un elogio que mereces.

MOTH.- El mismo elogio podría tributarse a una anguila.

ARMADO.- ¡Cómo! ¿Es ingeniosa una anguila?

MOTH.- Una anguila es viva.

ARMADO.- He querido decir que eres vivo en la réplica. ¡Me calientas la sangre!

MOTH.- Comprendido, señor.

ARMADO.- No me gusta que se me contraríe.

MOTH *(Aparte.)*.- Se expresa mal; la falta de dinero es lo que le contraría.

ARMADO.- He prometido estudiar tres años con el duque.

MOTH.- Podríais hacerlo en una hora, señor.

ARMADO.- Imposible.

MOTH.- ¿Cuántos son tres por uno?

ARMADO.- Cuento mal. Eso se queda para un espíritu de mozo de taberna.

MOTH.- Vos sois hidalgo y jugador.

ARMADO.- Lo confieso. Ambos títulos constituyen la flor y nata de un cumplido caballero.

MOTH.- En ese caso estoy seguro de que sabréis cuánto valen un dos y un as.

ARMADO.- Dos más uno.

MOTH.- Lo que el bajo vulgo llama tres.

ARMADO.- Cierto.

MOTH.- ¿Y para eso es menester estudiar tanto, señor? Porque ved aquí el número tres estudiado en menos tiempo del que emplearíais en pestañear tres veces. Y en cuanto a añadir la palabra «años» al vocablo «tres», y estudiar tres años en dos palabras, el caballo danzante os lo enseñaría.

ARMADO.- ¡Es la más bella figura!

MOTH.- Para probar que sois un cero.

ARMADO.- Voy a confesarte que estoy enamorado; y, como es indigno en un soldado enamorarse, me he enamorado de una indigna doncella. Si desenvainando mi espada contra el capricho de una afección me librase del reprobado pensamiento de ella, haría cautivo al deseo y lo trocaría con cualquier cortesano francés por un saludo a la última moda. Estimo humillante el suspirar, y me parece que debiera renegar de Cupido. ¡Reconfórtame, muchacho! ¿Qué grandes hombres han estado enamorados?

MOTH.- Hércules, señor.

ARMADO.- ¡Gentilísimo Hércules! Cítame más autoridades, querido muchacho; adúceme otros nombres; que sean varones de buena reputación y conducta.

MOTH.- Sansón, señor, que era un hombre de buena reputación y agallas, pues transportó a hombros las puertas de una ciudad, como un mozo de cordel, y estaba enamorado.

ARMADO.- ¡Oh robusto Sansón! ¡Vigoroso Sansón! Tanta ventaja te llevo yo en el manejo de la tizona, como tú me hubieses llevado en el transporte de las puertas. ¡Yo también estoy enamorado! ¿Quién era la amada de Sansón, querido Moth?

MOTH.- Una mujer, mi amo.

ARMADO.- ¿De qué color?

MOTH.- De uno de los cuatro, de los tres, de los dos, o de todos ellos.

ARMADO.- Dime exactamente el color de su cara.

MOTH.- Verde mar, señor.

ARMADO.- ¿Es ése uno de los cuatro colores?

MOTH.- Así lo he leído, señor, y el más bello de todos.

ARMADO.- En efecto, el verde es el color de los enamorados; mas me parece que Sansón no tuvo razón alguna para enamorarse de este color.

MOTH.- La tuvo, señor, pues ella tenía el espíritu verde.

ARMADO.- Mi amada es del blanco y rojo más inmaculado.

MOTH.- Los pensamientos más maculados, señor, disimúlanse bajo semejantes colores.

ARMADO.- Precisa, precisa, mozalbete instruido.

MOTH.- ¡Espíritu de mi padre, lengua de mi madre, venid en mi ayuda!

ARMADO.- ¡Dulce invocación de un niño! ¡Muy lindo y muy patético!

MOTH.- Si del blanco y del rojo está formada,
nunca sus faltas mostrará su tez,
pues son las que enrojecen a la amada,
y el miedo es blanco por la palidez.
Así, si tiembla o si ella es reprendida,
en sus mejillas no hallaréis rubor,
porque su cara brillará encendida
en su propio matiz y en su color.

¡Peligrosos versos, amo mío, contra los fundamentos del blanco y del rojo!

ARMADO.- ¿No existe, muchacho, una balada de «El rey y la mendiga»?

MOTH.- El mundo ha cometido el pecado de inventar esa balada hará unas tres centurias. Pero creo que al presente no es posible descubrirla; o, de encontrarse, no se podría ya ni transcribir ni entonar.

ARMADO.- Yo haré que el tema torne a escribirse de nuevo, con objeto de justificar mi transgresión con algún precedente poderoso. ¡Paje, adoro a la joven aldeana que he sorprendido en el parque con ese rústico idiota de Costard! Lo merece en extremo.

MOTH *(Aparte.)*.- Ser azotada, y después una amante mejor que mi amo.

ARMADO.- ¡Canta, paje! ¡El amor apesará mi espíritu!

MOTH.- ¡Es asombroso, cuando se ama a una beldad ligera!

ARMADO.- ¡Canta, digo!

MOTH.- Esperad a que se marche esta gente.

(*Entran* DULL, COSTARD *y* JAQUINETA.)

DULL.- Señor, es deseo del duque que retengáis a Costard bajo vuestra vigilancia y que no le permitáis deleite ni penitencia alguna; antes bien, quedará obligado a ayunar tres días a la semana. En cuanto a esta damisela, voy a guardarla en el parque. Se le autorizará a ejercer de lechera.

ARMADO.- El rubor me traiciona. ¡Niña!...

JAQUINETA.- ¿Hombre?...

ARMADO.- Iré a visitarte a tu vivienda.

JAQUINETA.- Próxima se halla.

ARMADO.- Sé donde está.

JAQUINETA.- ¡Qué sabio sois, señor!

ARMADO.- Te contaré cosas maravillosas.

JAQUINETA.- ¿Con esa facha?

ARMADO.- Te amo.

JAQUINETA.- Así os lo he oído decir.

ARMADO.- Y con esto, me despido.

JAQUINETA.- ¡Que el buen tiempo venga después de vos!

DULL.- ¡Vamos, Jaquineta! ¡Adelante!

(*Salen* DULL *y* JAQUINETA.)

ARMADO.- ¡Villano, ayunarás por tus ofensas, antes que se te perdone!

COSTARD.- Está bien, señor; confío en que, cuando lo haga, será con el estómago lleno.

ARMADO.- Te impondré un castigo pesado.

COSTARD.- Os deberé más agradecimiento que vuestros sirvientes, que sólo reciben un pago ligero.

ARMADO.- ¡Llévate a este tunante! ¡Y que se lo ponga a buen recaudo!

MOTH.- ¡Vamos, miserable transgresor! ¡En marcha!

COSTARD.- ¡No me encerréis, señor! ¡Permitidme ayunar libremente!

MOTH.- NO, señor; eso sería un ayuno libre. Ayunarás en prisión.

COSTARD.- Bien; si alguna vez vuelvo a ver los alegres días de infortunio que he presenciado, alguno verá...

MOTH.- ¿Qué verá?

COSTARD.- No, nada, maese Moth; únicamente lo que vea. No conviene a los presos ser demasiado silenciosos en palabras y, por consiguiente, punto en boca. A Dios gracias, tengo tan poca paciencia como otro cualquiera, y, por tanto, puedo estar tranquilo.

(*Salen* MOTH *y* COSTARD.)

ARMADO.- ¡Adoro la tierra vil, cuando los zapatos de mi amada, más viles todavía, guiados por sus pies, más viles aun que la tierra y sus zapatos, la rozan suavemente! Si la amo seré perjuro, lo que es una gran prueba de falsedad. Y ¿cómo puede ser leal el amor, cuando sus orígenes son falsos? El amor es un espíritu familiar; el amor es un demonio; no hay más ángel malo que el amor. No obstante, Sansón fué tentado, y gozaba de prodigiosa fuerza. Salomón fué también seducido, y disfrutaba de gran sabiduría. La flecha de Cupido es demasiado dura para la maza de Hércules, y por ello harto desigual para la espada de un español. La primera y segunda causa no me servirán en el trance. No respeta el «passado» ni atiende al «duelo». Su vergüenza es llamarse niño; mas su gloria, someter a los hombres. ¡Adiós, valor! ¡Enmohécete, espada! ¡No resuenes, tambor! ¡Vuestro amo está enamorado! ¡Sí, él ama! Inspíreme de repente algún numen de la rima. Porque, no cabe, duda, me convertiré en fabricante de sonetos. ¡Crea, imaginación! ¡Escribe, pluma! ¡Voy a producir volúmenes enteros en folio! *(Sale.)*

Acto Segundo

Escena Unica

Parque del rey de Navarra.- Un pabellón y algunas tiendas a cierta distancia.

Entran la PRINCESA DE FRANCIA, ROSALINA, MARÍA, CATALINA, BOYET, SEÑORES *y otras* PERSONAS DEL SÉQUITO.

BOYET.- Acumulad ahora, madama, los mejores recursos de vuestro talento. Considerad que os envía el rey vuestro padre, a quién os envía y cuál es el objeto de vuestra misión. Vos, que tan alto brilláis en la estima del universo, sois la encargada de parlamentar con el único heredero de cuantas perfecciones pueda poseer un hombre, el incomparable monarca navarro. El objeto de vuestra negociación, nada menos que la Aquitania, patrimonio digno de una reina. Sed en esta ocasión tan pródiga de vuestros caros atractivos como lo fué la naturaleza al modelar vuestras caras gracias, cuando, mostrándose avara con el resto de los mortales, os distribuyó todos sus dones.

LA PRINCESA.- Querido señor Boyet, mi hermosura, sea cual fuere, no necesita los floreos afectados de vuestras alabanzas. La hermosura se aquilata por el juicio de los ojos, no se manifiesta por el anuncio vil de un traficante de mercado. Me enorgullece menos oiros ensalzar mis méritos que a vos pasar por inteligente derrochando vuestro ingenio en el elogio del mío. Mas ahora aconsejemos al consejero. Digno Boyet, no ignoráis, pues la fama voladora lo ha extendido por todas partes, que el rey de Navarra ha hecho el voto de no permitir hasta que pasen tres años, que dedicará a serios estudios, que mujer alguna se aproxime a su Corte silenciosa. Nos parece, por tanto, indispensable, antes de atravesar los umbrales de su residencia, conocer sus intenciones. Y a este respecto, confiada en vuestra prudencia, os designamos como nuestro mejor y más hábil solicitador. Decidle que la hija del rey de Francia, necesitando discutir de asuntos importantes, deseosa de obtener una pronta respuesta, le ruega se digne concederle una entrevista personal. Apresuraos a significarle todo esto; mientras esperamos, en actitud de humildes peticionarios, la decisión de su alta voluntad.

BOYET.- Orgulloso del cometido, parto lleno de celo.

LA PRINCESA.- El orgullo hace con celo cuanto le agrada, y el vuestro no digamos... *(Sale* BOYET.)

¿Quiénes son, mis queridos señores, esos caballeros que han hecho voto de permanecer en compañía de este virtuoso duque?

PRIMER SEÑOR.- Uno de ellos es Longaville.

LA PRINCESA.- ¿Conocéis al personaje?

MARÍA.- Yo le conozco, señora. En las bodas del señor Perigord y de la hermosa heredera de Jaime Falconbridge, celebradas en Normandía, vi a ese Longaville. Es hombre de excelente reputación y dotes, muy conocedor de las artes y glorioso en la carrera de las armas. No haya entuerto que no quisiera enderezar. La única mancha que empaña el brillo de su virtud

acrisolada -si es que el resplandor de la virtud puede empañarse con mancha alguna- es su espíritu cáustico, combinado con una voluntad demasiado terca, espíritu cuyo acerado filo corta cuanto cae en su poder, y voluntad que no perdona nada de cuanto se ofrece bajo su acción.

LA PRINCESA.- Será alguno de esos tipos que se burlan a expensas del prójimo, ¿no es verdad?

MARÍA.- El chistoso más divertido que pueda darse, según sus íntimos.

LA PRINCESA.- Esos ingenios tan agudos se marchitan y mueren pronto. ¿Quiénes son los demás?

CATALINA.- El joven Dumaine, mozo Cortés, estimado de cuantos aprecian la virtud; de sumo poder para la ofensa, aunque sin conocer el mal, pues cuenta con el ingenio suficiente para embellecer una figura desagradable y la apariencia necesaria para obtener el favor, faltándole ingenio. Le vi una vez en casa del duque de Alençon, y cuanto pudiera decir de él quedaría por debajo de sus grandes merecimientos.

ROSALINA.- Por entonces le acompañaba otro de esos fervientes del estudio, el cual, si no me engaño, se llama Berowne. Nunca, por cierto, he empleado una hora de conversación con un individuo tan jovial, dentro de los límites de la alegría discreta. Sus ojos proporcionan ocasiones de ejercicio a su ingenio, pues en cada objeto que se fijan hallan tema para una alegre chanza. Con su verbosidad decidora, intérprete de sus locuciones, lanza chistes tan oportunos y graciosos, que los ancianos se perecen por escuchar sus historias, y los más jóvenes se quedan en completo éxtasis. Tan encantadores e ingeniosos son sus relatos.

LA PRINCESA.- ¡Dios bendiga a mis damas! Preciso es que todas estén enamoradas, para prodigar así a sus preferidos los ornamentos de sus elogios.

MARÍA.- Aquí viene Boyet.

(Vuelve a entrar BOYET.)

LA PRINCESA.- ¡Hola! ¿Cómo os ha recibido, señor?

BOYET.- El rey navarro tiene noticia de vuestra grata proximidad, gentil señora. Y él y todos sus asociados en competencia de voto, se preparaban a salir a vuestro encuentro antes de yo llegar. Y a fe que he sabido una cosa: que el príncipe prefiere alojaros en campo raso, como uno que viniera a asediar su Corte, antes que buscar dispensa de juramento para permitiros entrar en su solitario alcázar.- Aquí viene el rey de Navarra.

(Las damas se ponen antifaces.)

(Entran EL REY, LONGAVILLE, DUMAINE, BEROWNE *y Acompañamiento.)*

EL REY.- ¡Bella princesa, bienvenida seáis a la Corte de Navarra!

LA PRINCESA.- Lo de «bella» os lo devuelvo, y lo de «bienvenida» no lo soy aún. El techo de esta Corte es demasiado alto para que os pertenezca, y una hospitalidad en los campos desiertos, demasiado indigna para mí.

EL REY.- Señora, seréis bienvenida a mi Corte.

LA PRINCESA.- Sea bienvenida, pues. Conducidme a ella.

EL REY.- Escuchadme querida señora. Tengo empeñado un juramento.

LA PRINCESA.- Nuestra Señora ayude a mi señor. Será infringido.

EL REY.- Por nada del mundo, bella señora, a lo menos por mi voluntad.

LA PRINCESA.- ¡Bah! Lo violaréis por vuestra propia voluntad y sólo por ella.

EL REY.- Vuestra Señoría ignora en qué consiste.

LA PRINCESA.- Si mi señor lo ignorase como yo, su ignorancia se convirtiese en sabiduría; en tanto, ahora, su saber prueba hasta qué punto es ignorante. He oído decir que Vuestra Gracia ha jurado vivir en el retiro; sería pecado mortal observar semejante voto, mi señor, y pecado también romperlo. Mas perdonadme, soy demasiado atrevida. Enseñar a un maestro me parece presunción. Dignaos leer el motivo de mi venida, y resolved inmediatamente sobre mi demanda. *(Le entrega un papel.)*

EL REY.- Señora, lo haré inmediatamente, si está en mi mano.

LA PRINCESA.- Lo más pronto posible, para que pueda marcharme, pues os expondríais a perjurar, reteniéndome.

BEROWNE *(A* ROSALINA.).- ¿No he bailado una vez con vos en el ducado de Brabante?

ROSALINA *(Remedándole.).*- ¿No he bailado una vez con vos en el ducado de Brabante?

BEROWNE.- Estoy seguro de ello.

ROSALINA.- ¡Qué innecesario entonces preguntarlo!

BEROWNE.- No debéis ser tan rápida.

ROSALINA.- Vuestra es la culpa, que me espoleáis.

BEROWNE.- Tenéis un genio muy vivo; galopando tan aprisa, se fatigará pronto.

ROSALINA.- Pero no antes de arrojar el jinete a la charca.

BEROWNE.- ¿Qué hora es?

ROSALINA.- La que pidan los locos.

BEROWNE.- ¡Que lo pase bien vuestro antifaz!

ROSALINA.- ¡La cara que cubre!

BEROWNE.- ¡Y que os envíen muchos amantes!

ROSALINA.- ¡Amén, y que no seáis uno de ellos!

BEROWNE.- Pues, entonces, me retiro.

EL REY.- Señora, vuestro padre nos habla aquí de un pago de cien mil coronas, que no representan sino la mitad de la suma que por él desembolsó mi padre para sus guerras. Suponiendo que mi padre o yo hayamos recibido esta cantidad -y ni uno ni otro la hemos recibido-, restaría aún por pagar otras cien mil coronas, en garantía de las cuales nos fué cedida una parte de la Aquitania, aunque su valor sea mucho menor. En consecuencia, si el rey vuestro padre consiente en reembolsar la mitad de lo que resta en litigio, Nos renunciamos a nuestros derechos sobre la Aquitania y permanecemos amigos leales de Su Majestad. Pero no parece que sea esa su intención, pues pide que se le paguen cien mil coronas, en lugar de reintegrarlas para entrar en posesión de la Aquitania, que Nos hubiéramos preferido devolver, cobrando el dinero prestado por nuestro padre, antes que conservarla mutilada como está. Querida princesa, si sus exigencias no se hallasen tan desprovistas de fundamento, vuestra hemosura hubiera impulsado a mi corazón aceptar un convenio, así fuera contrario a nuestros intereses, y volveríais sumamente satisfecha a Francia.

LA PRINCESA.- Estáis injuriando excesivamente a mi padre y dañando la reputación de vuestro nombre, al negar una suma que os ha sido lealmente satisfecha.

EL REY.- Os garantizo que nunca he oído hablar de ello. Probadme lo contrario, y yo os la restituyo u os devuelvo la Aquitania.

LA PRINCESA.- Os cogemos la palabra.- Boyet, podéis exhibirle las cartas de pago de esta suma, firmadas por los agentes debidamente autorizados del rey Carlos, su padre.

EL REY.- Dadme esa satisfacción.

BOYET.- Con permiso de Vuestra Gracia, aun no ha llegado el paquete donde están liadas esas y otras piezas comprobatorias. Mañana podréis echar una ojeada sobre ellas.

EL REY.- Eso me bastará. En esta entrevista me rendiré a todas las razones aceptables. Entretanto, recibid la hospitalidad que, sin faltar a mi honor, puedo ofrecer a vuestro digno mérito. No os es dado, bella princesa, franquear mis puertas; pero seréis recibida aquí, como si os alojarais en mi corazón, aunque os sea negado el dulce albergue de mi morada. Que vuestra indulgencia me excuse, y pasadlo bien. Mañana os visitaremos nuevamente.

LA PRINCESA.- ¡Acompañen a Vuestra Gracia la buena salud y los gratos deseos!

EL REY.- ¡Te devuelvo tu propio saludo!

(Salen EL REY *y su séquito.)*

BEROWNE.- Señora, os encomendaré a los buenos recuerdos de mi corazón.

ROSALINA.- ¡Por favor, dadle expresiones de mi parte! ¡Me gustaría verle!

BEROWNE.- Quisiera que le oyeseis gemir.

ROSALINA.- ¿Está enfermo el pobrecito?

BEROWNE.- Padece del corazón.

ROSALINA.- ¡Ay! Hacedle una sangría.

BEROWNE.- ¿Le sentaría bien?

ROSALINA.- Mi medicina dice que sí.

BEROWNE.- ¿Queréis taladrarle con vuestros ojos?

ROSALINA.- De ningún modo; con mi puñal.

BEROWNE.- ¡Bueno; que Dios conserve tu vida!

ROSALINA.- ¡Y que El os guarde por mucho tiempo!

BEROWNE.- No puedo quedarme para agradecéroslo. *(Se retira.)*

DUMAINE *(A* BOYET.).- Una palabra, señor, os suplico. ¿Quién es aquella dama?

BOYET.- La heredera del ducado de Alençon. Catalina de nombre.

DUMAINE.- ¡Linda señora! Pasadlo bien, señor. *(Sale.)*

LONGAVILLE.- Una palabra os ruego. ¿Quién es esa que va de blanco?

BOYET.- Una mujer parece, si la miráis a buena luz.

LONGAVILLE.- ¡Tal vez la luz en medio de la luz! Desearía saber su nombre.

BOYET.- No tiene más que uno. Vuestro deseo es indiscreto.

LONGAVILLE.- Por favor, señor, ¿de quién es hija?

BOYET.- De su madre he oído decir.

LONGAVILLE.- ¡Bendiga Dios vuestras barbas!...

BOYET.- No os incomodéis, querido señor. Es la heredera de Falconbridge.

LONGAVILLE.- Ya se me fué mi enojo. Es una dama preciosa.

BOYET.- No es inverosímil, señor; puede ser. *(Sale* LONGAVILLE.)

BEROWNE.- ¿Cómo se llama la del sombrero?

BOYET.- Rosalina, si no me equivoco.

BEROWNE.- ¿Está casada o no?

BOYET.- Según su deseo, señor, o poco más o menos.

BEROWNE.- Bien venido seáis, señor. Adiós.

BOYET.- Para mí el adiós, señor, y para vos el bien venido.

(Sale BEROWNE.- *Las damas se quitan los antifaces.)*

MARÍA.- Ese último es Berowne, aquel alegre caballero bufón. No pronuncia una palabra que no sea un chiste.

BOYET.- Ni chiste que no se quede en una palabra.

LA PRINCESA.- Habéis hecho bien en no soltar prenda.

BOYET.- Tan dispuesto me hallaba yo al arpeo como él al abordaje.

MARÍA.- ¡Dos navíos en pugna, o más bien dos ardientes moruecos, a fe!

BOYET.- Y ¿por qué no dos navíos? Yo no soy ningún morueco, dulce cordera, a menos que me dejéis pacer en vuestros labios.

MARÍA.- Vos morueco y yo pastora: ¿será ése el fin de la chanza?

BOYET - *(Intentando besarla.)* -Con tal que me concedáis vuestro delicioso pasto.

MARÍA.- Eso no, gentil irracional. Mis labios no son de propiedad común, aunque estén abiertos.

BOYET.- ¿A quién pertenecen?

MARÍA.- A mi fortuna y a mí.

LA PRINCESA.- Los ingenios agudos aman la discusión; pero los buenos caracteres concuerdan. Ese asalto civil de agudezas sería mejor enderezarlo contra el rey de Navarra y sus escolares, pues aquí es inútil.

BOYET.- Si mis observaciones -rara vez fallidas y que consisten en adivinar con los ojos lo que siente el corazón- no me engañan ahora, el rey de Navarra está tocado.

LA PRINCESA.- ¿De qué?

BOYET.- De lo que los enamorados llamamos pasión.

LA PRINCESA.- Pruebas.

BOYET.- Todo su modo de obrar refúgiase en la corte de sus ojos, que brillan de deseo. Su corazón, como un ágata en que estuviera esculpida vuestra imagen, hallábase tan ufano de

vuestra impresión, que resplandecía el orgullo en sus ojos. Su lengua, impaciente por pronunciar las palabras que retenía vuestra mirada, apresurábase a dar fin, para dejar a los ojos el cuidado de expresarse. Todos sus sentidos concentrábanse en este sentido para saciarse y gozar únicamente con la contemplación de la más exquisita belleza. Dijérase que sus sensaciones todas se encerraban en sus ojos, como joyas en cristal para algún comprador principesco, que parecían más preciosas que lo están bajo el vidrio y que os invitan a adquirirlas en el tránsito. Su rostro era el margen, donde se inscribían tales sorpresas, que todos los ojos veían a sus ojos fulgurar de encantamiento. ¡Yo os entrego la Aquitania y cuanto le pertenezca, si me concedéis el placer de otorgarme un beso de amor!

LA PRINCESA.- Vamos a nuestro pabellón. Boyet está dispuesto...

BOYET.- A explicar únicamente lo que han descubierto sus ojos. No he hecho sino una boca de sus ojos, añadiendo una lengua que, bien lo sé, no sabría mentir.

ROSALINA.- Eres un viejo alcahuete y hablas con destreza.

MARÍA.- Es el abuelo de Cupido, y por él conoce las noticias.

ROSALINA.- Entonces Venus se parecería a su madre, pues su padre era más bien disforme.

BOYET.- ¿Oís, loquillas?

MARÍA.- No.

BOYET.- Qué, ¿veis entonces?

ROSALINA.- El camino para marcharnos.

BOYET.- Sois demasiado crueles conmigo. *(Salen.)*

Acto Tercero

Escena Unica

Otro lugar del parque.

Entran ARMADO *y* MOTH.

ARMADO.- Gorjea, niño; halaga mis oídos.

MOTH *(Cantando.).- Concolinel...*

ARMADO.- ¡Lindo aire! Anda, pimpollo, toma esta llave, liberta a aquel patán, y tráele aquí a toda prisa. Voy a emplearle en llevar una carta a mi amor.

MOTH.- Amo mío, ¿queréis conquistar a vuestra amada con un rigodón francés?

ARMADO.- ¿Qué quieres decir? ¿Querellar con ella?

MOTH.- No, mi cumplido señor. Se trata simplemente de tararear una jiga con la punta de la lengua, bailar un canario y animarlo con los ojos en alto. Suspiráis una nota y cantáis otra, unas veces con la garganta, como si engulleseis el amor al cantarle; otras veces con la nariz, como si aspirarais el amor al olfatearlo. Hundís vuestro sombrero alicaído sobre la tienda de vuestros ojos; os cruzáis de brazos sobre vuestro estómago encogido, como conejo en asador, o sumergís las manos en vuestras faltriqueras, como personaje de cuadro antiguo. Y no guardéis mucho tiempo el mismo compás; sino una copla, y a otra. Esos son los procedimientos, ésa es la sal, ésa es la manera de seducir a las muchachas bonitas, que sin eso también se dejarían seducir, y lo que hace a los hombres que se les distinga -¿me oís?- cuando se les observa.

ARMADO.- ¿Cómo has adquirido esa experiencia?

MOTH.- Con medio penique de observación.

ARMADO.- Mas ¡ay!... Mas ¡ay!...

MOTH *(Cantando.).- «... Del caballo de palo ya nadie se acuerda...»*

ARMADO.- ¿Llamas a mi amada«caballo de palo»?

MOTH.- No, amo mío. El caballo de palo es solamente un potro, y vuestra amada quizá no pase de yegua. Pero ¿ya la habéis olvidado?

ARMADO.- Casi.

MOTH.- ¡Estudiante negligente! Aprendéosla de corazón.

ARMADO.- De corazón y por el corazón, muchacho.

MOTH.- Y a contra corazón, señor. Tres cosas que puedo demostrar.

ARMADO.- ¿Qué puedes demostrar?

MOTH.- Que llegaré a ser un hombre, si vivo. Y esto con la ayuda del *por*, del *en* y del *sin. Por* corazón la amáis, pues vuestro corazón no puede alcanzarla. *En* el corazón la amáis, porque vuestro corazón está prendado de ella. Y *sin* el corazón la amáis, porque es para vos un descorazonamiento no poder conseguirla.

ARMADO.- Estoy en los tres casos.

MOTH *(Aparte.)*.- Y en muchos más que esos tres; pero, no obstante, como si no estuvierais en ninguno.

ARMADO.- Ve a buscar a ese pastor. Es preciso que me lleve una carta.

MOTH.- ¡Un mensajero bien simpático! ¡Un caballo servir de embajador a un burro!

ARMADO.- ¡Eh! ¡Eh! ¿Qué estás diciendo?

MOTH.- A fe, señor, que debierais enviar al burro a lomos del caballo, pues es de paso muy perezoso. Pero me voy.

ARMADO.- El camino no es largo. Muévete.

MOTH.- Tan ligero como el plomo, señor.

ARMADO.- ¿Qué quieres decir, preciosa criatura? ¿No es el plomo un metal pesado, macizo y lento?

MOTH.- *Minime*, mi honorable amo; o, más bien, amo a secas, no.

ARMADO.- Digo que el plomo es lento.

MOTH.- Sois demasiado ligero, señor, al hablar así. ¿Es lento el plomo que vomita una escopeta?

ARMADO.- ¡Ingeniosa humareda de la retórica! Yo soy el cañón y él la bala. Te tiro al pastor.

MOTH.- Pues ¡pum! ¡Y vuelo! *(Sale.)*

ARMADO.- ¡Agudísimo rapazuelo, ingenioso y de libre desparpajo! ¡Excúsame, cielo bendito, de que suspire en tu cara! ¡Ruda melancolía, el valor te cede su lugar!... Mi heraldo está de vuelta.

(Vuelve a entrar MOTH *con* COSTARD.)

MOTH.- ¡Un asombro, mi amo! Os traigo una manzana que se ha roto una tibia.

ARMADO.- ¡Algún enigma, alguna adivinanza! Vamos, dinos tu *envoy;* comienza.

COSTARD.- ¡Ni enigma, ni adivinanza, ni envío, ni ungüento en la malla, señor! ¡Oh, señor! Llantén, un simple llantén. Ni envío, nada de envío; ni ungüento, señor, sino un llantén.

ARMADO.- ¡Por la virtud! No se puede por menos de reír escuchándote. Tu estupidez es mi delicia. La agitación de los pulmones provoca en mí ridículas carcajadas. ¡Perdonadme, estrellas! ¡Este idiota toma el ungüento por un envío y el envío por un ungüento!

MOTH.- ¿El buen entendedor las toma por dos cosas distintas? ¿El envío no es un saludo?.

ARMADO.- No, paje, es un epílogo o discurso para explicar el sentido de algún pasaje obscuro que se ha enunciado antes. Voy a ponerte un ejemplo:

El zorro, la mona y el gato montés
formaban impares, pues sólo eran tres.

Esta es la moraleja. Ahora el *envío.*

MOTH.- Yo añadiré el «envío». Repetid la moraleja.

ARMADO.- *El zorro, la mona y el gato montés*
formaban impares, pues sólo eran tres.
MOTH.- *Hasta que a la puerta fué el ganso a parar,*
e hizo de ellos cuatro, rompiendo el impar.

Ahora repetiré vuestra moraleja y vos me acompañaréis con mi *envío:*

El zorro, la mona y el gato montés
formaban impares, pues sólo eran tres.
ARMADO.- *Hasta que a la puerta fué el ganso a parar,*
e hizo de ellos cuatro, rompiendo el impar.

MOTH.- ¡Un buen *envío,* que da fin en el ganso! ¿Podéis desear más?

COSTARD.- El paje lo habrá adquirido en el mercado: un ganso gordo. Señor, habéis hecho un gran negocio, si el ganso es de peso. ¡Realizar una buena compra es tan difícil como jugar al ganapierde! Permitidme que lo vea. ¡Sí, debe de ser un excelente *envío,* si el ganso está gordo!

ARMADO.- Venid acá, venid acá. ¿Cómo principió esta disertación?

MOTH.- Porque dije yo que esta manzana se había roto la tibia, y entonces vos pedisteis el envío.

COSTARD.- Es verdad, y yo el llantén. Entonces vino vuestra disertación, en seguida el envío gordo del paje, el ganso que ha comprado, y el mercado, con que dió fin.

ARMADO.- Pero decidme, ¿cómo una manzana puede romperse una tibia?

MOTH.- Voy a decíroslo de una manera sensible.

COSTARD.- ¡Tú no lo sientes como yo, Moth! Yo explicaré este *envío:*

Yo, Costard, saliendo de mi hosca prisión,

me he roto la tibia al dar un tropezón.

ARMADO.- No tratemos ya de esta materia.

COSTARD.- Tanto más cuanto que ya no quedará materia en mi tibia.

ARMADO.- Tunante Costard, quiero hacerte franco.

COSTARD.- ¡Oh! Casadme con una francesa. Husmeo en esto algún envío, algún ganso.

ARMADO.- Por mi buena alma, al decir que iba a ponerte en libertad quise significarte que emanciparía tu persona. Estabas emparedado, sujeto, cautivo, atado.

COSTARD.- Cierto, cierto, y ahora vais a ser mi purga, desatándome.

ARMADO.- Te devuelvo la libertad, te libro de la prisión; y, en trueque, no te impongo más que esto *(Dándole una carta):* que lleves la presente importante misiva a la aldeana Jaquineta. *(Entregándole dinero.)* Aquí tienes la remuneración, pues de lo que más me enorgullezco es de recompensar a los que dependen de mí. ¡Sígueme, Moth! *(Sale.)*

MOTH.- Como una consecuencia. ¡Adiós, signior Costard!

COSTARD.- ¡Mi querida onza de carne humana! ¡Mi delicada joya! *(Sale* MOTH.) Veamos ahora su remuneración. ¡Remuneración! ¡Oh! Es una palabra latina que vale tres ochavos. Remuneración, tres ochavos. «...¿Cuánto vale esta cinta?» -«Un penique.» -«No, os daré una remuneración.» Y se la lleva uno. ¡Remuneración! ¡Cómo! Es un nombre más lindo que la corona de Francia. Jamás compraré nada sin servirme de este término.

(Entra BEROWNE.)

BEROWNE.- ¡Oh! ¡Bien hallado, mi buen bribón Costard!

COSTARD.- Por favor, señor, ¿cuántas cintas color de carne puede comprar un hombre por una remuneración?

BEROWNE.- ¿A qué llamas una remuneración?

COSTARD.- Pardiez, señor, a un penique menos un ochavo.

BEROWNE.-Pues entonces podrás adquirir tres cuartos de penique de seda.

COSTARD.- Gracias a Vuestra Señoría. ¡Dios os guarde!

BEROWNE.- Espera, belitre. Voy a darte un encargo. Si quieres ganar mi favor, gran pícaro, hazme una cosa que voy a pedirte.

COSTARD.- ¿Cuándo queréis que la haga, señor?

BEROWNE.- ¡Oh! Esta tarde.

COSTARD.- Bien. ¡Contad conmigo, señor! Adiós.

BEROWNE.- ¡Pero si no sabes de qué se trata!

COSTARD.- Lo sabré cuando lo haya hecho, señor.

BEROWNE.- Pero, villano, es preciso que lo sepas antes.

COSTARD.- Vendré a preguntárselo a Vuestra Señoría mañana por la mañana.

BEROWNE.- Debe hacerse esta misma tarde. Escucha, bribón, de qué se trata. La princesa va a venir a cazar al parque. Entre las damas de su séquito hay una beldad encantadora. Cuando la lengua habla con dulzura, pronuncia insensiblemente su nombre y la llama Rosalina. Pregunta por ella y desliza en su blanca mano este billete cerrado. Ahí va la recompensa. *(Entregándole un chelín.)* Anda.

COSTARD.- ¡Recompensa! ¡Oh, dulce recompensa! ¡Mejor que la remuneración! ¡Le aventajas en once peniques! ¡Oh, dulcísima recompensa! ¡Señor, cumpliré exactamente vuestro encargo! ¡Recompensa! ¡Remuneración! *(Sale.)*

BEROWNE.- ¡Oh! ¡Es posible! ¡Yo, enamorado! ¡Yo, azote del amor, corchete de los apasionados suspiros, censor austero, ¡qué más!, alguacil nocturno, pedante imperioso, que reprimía con mayor arrogancia que ningún mortal a ese niño vendado, a ese lloricón, a ese miope, a ese perverso, a ese joven anciano, a ese enano gigante Don Cupido; regente de las rimas amorosas, dueño de los brazos cruzados, soberano ungido de los suspiros y de los sollozos, señor feudal de los ociosos y descontentos, temible príncipe de los jubones, rey de las bragas, único emperador y capitán general de los procuradores que callejean! ¡Pobre corazoncito mío! Heme aquí su edecán de campo, llevando en mi escarapela sus colores como el aro de un saltimbanqui. ¡Cómo! ¡Yo! ¡Enamorado! ¡Haciendo la corte! ¡En busca de esposa! ¡De una mujer que, semejante a un reloj alemán necesitará continuamente composturas, siempre desarreglado, nunca bien, por cuidados que se tengan con su marcha! ¡Y luego, haber perjurado, que es lo peor de todo, y entre tres mujeres, amar la peor de las tres! Una frívola y blanca criatura con cejas de terciopelo y dos bolitas negras a guisa de ojos. ¡Y, por el cielo, una arrogante moza, que se pagará de ellos, aunque Argos fuera su eunuco y su guardián! ¡Y yo suspiro por ella! ¡Velo por ella! ¡Ruego por ella! ¡Vamos; es un tormento que me impone Cupido por haber ignorado el poder formidable de su débil poder! ¡Sea! ¡Amaré, escribiré, suspiraré, rogaré, cortejaré y exhalaré gemidos! Unos se encaprichan de una dama y otros de un marimacho. *(Sale.)*

Acto Cuarto

Escena Primera

Otro lugar del parque.

Entran LA PRINCESA, ROSALINA, MARÍA, CATALINA, BOYET, SEÑORES, *personas del séquito y un* GUARDABOSQUE.

LA PRINCESA.- ¿Era el rey el que espoleaba tan rudamente su caballo contra la escarpada colina de ese monte?

BOYET.- No lo sé; pero supongo que fuera.

LA PRINCESA.- Quien haya sido ha mostrado un alma anhelante de subir. Bien, señores; hoy se nos dará nuestra respuesta y el sábado retornaremos a Francia. Así, pues, guardabosque, amigo mío, ¿dónde se halla la maleza detrás de la cual debemos emboscarnos y representar el papel de asesinos?

EL GUARDABOSQUE.- Allá abajo, en la linde de aquel soto. Es un lugar donde podréis hacer vos la más hermosa caza.

LA PRINCESA.- Agradezco mi hermosura. Hermosa, y caza; por eso dices que soy una hermosa que caza.

EL GUARDABOSQUE.- Perdonadme, señora; no he querido decir eso.

LA PRINCESA.- ¿Cómo? ¿Cómo?¿Comienzas por alabarme y ahora te desdices? ¡Vanidad de corta duración! ¡Ni hermosa! ¡Qué pena!

EL GUARDABOSQUE.- Sí, señora; sois hermosa.

LA PRINCESA.- ¡Quita, no hagas ahora mi retrato! Donde falta la hermosura, huelga el elogio de la cara. Toma, mi caro espejo. *(Dándole dinero.)* Ahí tienes, por haberme dicho la verdad. Un bello pago de un feo cumplido es más que cumplir con el deber.

EL GUARDABOSQUE.- Nada puede venir de vuestras manos que no sea bello.

LA PRINCESA.- ¡Ved, ved! Mi belleza se ha salvado por el mérito de mis dones. ¡Oh, herejía en el juicio de lo bello, que tan bien cuadra a los tiempos actuales! La mano que da, por fea que sea, tendrá siempre un bello elogio. ¡Dadme el arco! Ahora la bondad va a matar, y, en consecuencia, tirar bien será cumplir una mala acción. Heme aquí segura de salvar mi reputación de cazadora. Si yerro el golpe, se achacará a piedad. Si doy en el blanco, mi destreza se atribuirá más al deseo de atraerme cumplidos que al placer de matar. ¡Y esto es lo que, sin disputa, viene a acontecer en el mundo! La gloria engendra crímenes abominables, cuando, para alcanzar el renombre y conseguir el elogio, cosas bien vanas, nuestro corazón realiza esfuerzos imposibles. Así yo, únicamente para ser alabada, voy a esforzarme en verter la sangre de un pobre gamo al que mi corazón no profesa mal.

BOYET.- ¿No es asimismo cierto que, por amor a la gloria, las mujeres perversas tratan de asegurar su soberanía, esforzándose en ser señoras de sus señores?

LA PRINCESA.- Sólo por la gloria; y no podemos sino prodigar la gloria a toda mujer que domina a su señor.

(*Entra* COSTARD.)

BOYET.- He aquí un miembro de la república.

COSTARD.- ¡Buenas tardes os dé Dios! Por favor, ¿cuál es la dama más alta?

LA PRINCESA.- Tú lo sabrás, camarada, comparando la estatura de todas.

COSTARD.- Quiero decir la más grande, la más elevada.

LA PRINCESA.- La más alta y la más larga.

COSTARD.- La más larga y la más alta... Así es. La verdad es la verdad. Señora, si vuestro talle fuera tan fino como mi ingenio, la cintura de una de estas señoritas os iría perfectamente. ¿No sois vos la señora en jefe? Sois la más gruesa.

LA PRINCESA.- ¿Qué quieres, di, qué quieres?

COSTARD.- Traigo una carta del señor Berowne para una dama llamada Rosalina.

LA PRINCESA.- ¡Oh! Venga esa carta, venga esa carta. Es una de mis buenas amigas. Apártate un poco, excelente portador. Boyet, vos que sabéis trinchar, abrid este capón.

BOYET.- Estoy a vuestras órdenes.- Esta misiva trae la dirección equivocada. No es para nadie de aquí. Va dirigida a Jaquineta.

LA PRINCESA.- La leeremos, os juro. Romped el nema de cera, y que cada uno preste atención.

BOYET *(Leyendo.).- Por el cielo que eres hermosa, lo cual es infalible; que eres bonita, lo cual es cierto; que eres amable, lo cual es la misma verdad. Más bella que lo bello, más bonita que lo bonito y más verdad que la misma verdad. Ten conmiseración de tu heroico vasallo. El magnánimo e ilustrísimo rey Cofétua fijó los ojos en la perversa e indubitable mendiga Zenelofonta, y él fué quien con razón pudo decir:* veni, vidi, vinci, *lo que, anatomizado en romance -¡oh, ruin y obscuro romance!-, significa* videlicet: *llegó, vió y venció. Llegó, uno; vió, dos; venció, tres. ¿Quién llegó? El rey. ¿Por qué llegó? Para ver. ¿Por qué vió? Para vencer.¿Hacia quién llegó? Hacia la mendiga. ¿A quién vió? A la mendiga. ¿A quién venció? A la mendiga. El resultado es la victoria. ¿Para quién? Para el rey. El vencedor se ve enriquecido. ¿De parte de quién? De parte de la mendiga. La catástrofe es un matrimonio. ¿Para quién? Para el rey no; para los dos en uno, o para uno en los dos. Yo soy el rey, pues así lo exige la comparación. Tú la mendiga, pues tal lo atestigua tu condición humilde. ¿Mandaré en tu amor? Puedo. ¿Te obligaré a que me ames? Podría. ¿Te estimularé a que me adores? Podré. ¿Con qué cambiarás tus harapos? Con vestidos. ¿Tu*

indigencia? Con honores. ¿Y a ti misma? ¡Conmigo! Así, esperando tu contestación, profano mis labios en tus pies, mis ojos en tu imagen y mi corazón en cada una de las partes de tu ser. Tuyo, con la más cara perspectiva de galanteo.- Don Adriano de Armado.

Ya oyes el león de Nemea rugir contra ti, corderilla, que permaneces como su presa. Póstrate humildemente a sus plantas augustas, y él, contra su furor, se inclinará a jugar contigo. Pero si te resistes, pobre alma, ¿qué va a ser luego de ti? Serás alimento de su cólera y provisión de su caverna.

LA PRINCESA.- ¿Qué pluma de ganso ha redactado esa carta? ¿Qué aspa de molino? ¿Qué veleta? ¿Habéis oído nunca cosa semejante?

BOYET.- Si no me engaño mucho, recuerdo ese estilo.

LA PRINCESA.- Tendríais, de lo contrario, mala memoria, acabando de darnos una idea de él.

BOYET.- Ese Armado es un español que vive aquí en la Corte. Un tipo grotesco, un monarco, que sirve de diversión al príncipe y a sus compañeros de estudio.

LA PRINCESA *(A* COSTARD.).- Tú, camarada, una palabra. ¿Quién te ha entregado esta misiva?

COSTARD.- Ya lo he dicho: mi señor.

LA PRINCESA.- ¿A quién debías entregarla?

COSTARD.- A mi señora, de parte de mi señor.

LA PRINCESA.- De parte de tu señor, ¿a qué señora?

COSTARD.- De parte de mi señor Berowne, mi excelente amo, a una dama de Francia que se llama Rosalina.

LA PRINCESA.- Has equivocado su carta.- ¡Vamos, señores, marchemos! *(A* ROSALINA.) Toma, querida, de todos modos, esto. Otro día recibirás la tuya.

(Salen LA PRINCESA *y su séquito.)*

BOYET.- ¿Quién es quien caza? -¿Quién es quien caza?

ROSALINA.- ¿Habré yo de decíroslo?

BOYET.- Sí, mi continente de belleza.

ROSALINA.- Pues la que lleva el arco. ¡Volved por otra!

BOYET.- La princesa va a cazar animales cornudos. Pero como te cases, que me ahorquen si faltan cuernos aquel año. ¡Sóplate ésa!

ROSALINA.- Bueno, pues yo soy quien caza.

BOYET.- Y ¿quién es el gamo?.

ROSALINA.- Si lo elegimos por los cuernos, vos mismo. ¡No os acerquéis! ¡Volved ahora por otra!

MARÍA.- Disputáis siempre con ella, Boyet, y da en plena frente.

BOYET.- ¡Pero ella está herida más abajo! ¿Di en el blanco esta vez?

ROSALINA.- ¿Quieres que te traiga a cuento un antiguo refrán, que era ya mayorcito cuando el rey Pepino de Francia no pasaba de una criatura, y que viene a pelo?

BOYET.- Yo podré argüirte con una sátira tan vieja, que era ya mayorcita cuando la reina Genoveva de Bretaña no pasaba de moza.

ROSALINA *(Cantando.)*

No lo atinarás, atinarás, atinarás,
no lo atinarás, pobre infeliz.

BOYET.- *No lo atinaré, lo atinaré, lo atinaré,*
no lo atinaré; otro podrá.

(Salen ROSALINDA *y* CATALINA.)

COSTARD.- ¡Por mi fe, muy divertido! ¡Los dos han atinado!

MARÍA.- Han apuntado maravillosamente a la señal, pues la han alcanzado.

BOYET.- ¡Señal! No señalemos sino esa señal. ¡Señal la llama mi señora! Que se coloque una punta en esa señal, para ver si es posible asestarle el tiro.

MARÍA.- Os habéis desviado de la puntería, poniendo las manos fuera.

COSTARD.- Verdaderamente, debe tirar desde más cerca, o no dará nunca en el blanco.

BOYET *(A* MARÍA.) Si tengo las manos fuera, ponédmelas vos dentro.

COSTARD.- Entonces tocará el blanco, por arrimarse al clavo.

MARÍA.- Vamos, vamos, vuestras frases son de grueso calibre y ensucian vuestra boca.

COSTARD.- Es demasiado diestra para vos en el tiro, señor. Desafiadla a los bolos.

BOYET.- ¡Temo mucho tropezar en obstáculos! ¡Buenas noches, mi querido buho!

(Salen, BOYET *y* MARÍA.)

COSTARD.- ¡Por mi alma, qué rústico! ¡Qué solemne imbécil! ¡Señor, Señor! ¡Cómo le hemos aplastado esas damas y yo! ¡A fe que han sido finas bromas! ¡Qué delicadísimo es el ingenio vulgar, cuando viene tan llanamente, con tanta obscenidad, tan a propósito! ¡Armado por un lado! ¡Oh! ¡He aquí un hombre extraordinariamente cortés! ¡Hay que verle marchar delante de una dama y llevarle el abanico! ¡Hay que verle cómo le besa la mano! ¡Y cómo le

jura tiernamente su amor! ¡Y su paje por otro lado! ¡El ingenio hecho carne! ¡Ah, cielos! ¡No conozco liendre más sensible! *(Ruido de caza dentro.)* ¡Hala, hala! *(Sale corriendo.)*

Escena Segunda

El mismo lugar.

Entran HOLOFERNES SIR NATANIEL *y* DULL.

NATANIEL.- Es una reverenda caza, en verdad, y hecha con el testimonio de una buena conciencia.

HOLOFERNES.- El ciervo, como sabéis, estaba nadando en *sanguis*, en sangre; maduro como una pera de agua, que cuelga, semejante a una joya, de la oreja del *coelo*, del cielo, del firmamento, y que en seguida cae, tal un fruto silvestre, sobre la faz de la *terra*, de la tierra, del continente, del suelo.

NATANIEL.- A decir bien, maese Holofernes, los epítetos no pueden estar más agradablemente variados, como verdadero sabio que sois. Pero, señor, os aseguro que era un gamo de primera leche.

HOLOFERNES.- Sir Nataniel, *haud credo*[(1)].

DULL.- No era un *haud credo*, sino un cervatillo.

HOLOFERNES.- ¡Oh, la más disparatada de las observaciones! Sin embargo, es una insinuación, como si dijéramos, *in via*, en camino, de explicación; para *facere*, por llamarlo así, una réplica, o, lo que es igual, para *ostentare*, esto es, mostrar, su opinión -aunque de una manera abrupta, impolítica, grosera, inculta, ineducada, o más bien iletrada, o todavía mejor, inexperta- por confundir mi *haud credo* con un cervato.

DULL.- Decía que el gamo no era un *haud credo*, sino un cervatillo.

HOLOFERNES.- ¡Simplicidad dos veces enfatuada! *Bis coctus!*[(2)]. ¡Oh, monstruo de ignorancia, qué deforme pareces!

NATANIEL.- Señor, no ha gustado las delicadezas que se hallan en los libros. No ha comido papel ni bebido tinta, como si dijéramos. Su entendimiento no está abastecido. No es más que un animal sensible en sus partes groseras. Que tales plantas estériles se exponen a nuestras miradas, no sino para que nosotros, los hombres de gusto y sentimiento, nos mostremos agradecidos de poseer una fecundación de que ellas no gozan. Porque de la misma manera que a mí me sentaría mal el papel de imbécil, indiscreto o idiota, así también ese necio no pasaría de tal, aunque asistiese a la escuela para convertirse en sabio. Pero *omne bene*[(3)], digo yo, siguiendo la máxima de un padre de la Iglesia: «Muchos que pueden soportar la lluvia, no quieren el viento.»

DULL.- Los dos sois unos sabios; pero con vuestro talento y todo, ¿podríais decirme quién tenía un mes cuando nació Caín, y ahora, sin embargo, no cuenta cinco semanas?

HOLOFERNES.- ¡Dictina, mi bravo Dull; Dictina, mi bravo Dull!

DULL.- ¿Qué es Dictina?

NATANIEL.- Uno de los nombres de Febé, la hija de Urano, la Luna.

HOLOFERNES.- La Luna tenía un mes cuando Adán no tenía más, y no contaba cinco semanas cuando él tocaba ya cinco veintenas. Pueden cambiarse los nombres; la alusión no cambia.

DULL.- En efecto, la *colisión* no cambia.

HOLOFERNES.- ¡Dios venga en ayuda de tu capacidad! Digo que la alusión no cambia.

DULL.- Y yo digo también que la pulución no cambia, pues la Luna no cambia nunca más de un mes, y añado que lo que la princesa ha muerto ha sido un cervatillo.

HOLOFERNES.- Sir Nataniel, ¿queréis oír un epitafio improvisado sobre la muerte del gamo? Para halagar el humor de este ignorante, llamaré cervatillo al gamo que ha matado la princesa.

NATANIEL.- *Perge,* buen maese Holofernes, *perge.* Plázcaos no incluir en él ninguna bufonería.

HOLOFERNES.- Me he permitido ciertas aliteraciones, lo que arguye facilidad.

La multimatadora princesa ha traspasado y abatido un hermoso ciervo singular.
Unos le llaman sore; mas no es un sore, en tanto no haya sido herido en caza.
Ladran los perros. Añadid una L a sore, y entonces un sore de tres años saldrá de la espesura.
Gamo, sore o sorel, las gentes lanzan gritos.
Si un sore es un sorel, una L agregada a sore hace cincuenta sores. ¡Oh, desgraciada L!
Del pobre sore hago cien, adicionándole una L más.

NATANIEL.- ¡Raro talento!

DULL. *(Aparte.)*- Si el talento es una garra, ved cómo agarra con talento.

HOLOFERNES.- Es un don que poseo, simple, muy simple; un extravagante espíritu loco, lleno de formas, de figuras, de imágenes, de objetos, de ideas, de percepciones, de movimientos, de revoluciones: todo ello engendrado en el ventrículo de la memoria, nutrido en la matriz de la *pia mater* y dado a luz en la madurez de la ocasión. Pero este don es sobre todo agradable para aquellos en quienes el ingenio es agudo, y de esto me siento sumamente agradecido.

NATANIEL.- Sir, doy por vos las gracias al Señor, y otro tanto pueden hacer mis feligreses, ya que con tanto aprovechamiento educáis a sus hijos y que sus hijas adelantan notablemente bajo vuestra dirección. Sois un excelente miembro de la comunidad.

HOLOFERNES.- *Mehercle*[(4)]*!* Si sus hijos están dotados de capacidad, no les faltará instrucción. Si sus hijas tienen disposiciones, yo les haré que germinen. Mas *vir sapit qui pauca loquitur*[(5)]. Un alma femenina nos saluda.

(Entran JAQUINETA y COSTARD.)

JAQUINETA.- Buenos días os dé Dios, padre cura.

HOLOFERNES.- ¡Padre cura! O uno u otro. Si uno de los dos hubiera de ser padre, ¿quién lo sería?.

COSTARD.- Pardiez, señor maestro de escuela, el cura es padre.

HOLOFERNES.- ¿Que es padre? Excelente chiste, como un diamante en bruto, fuego bastante para un pedernal, perla suficiente para un basurero. Admirable; está muy bien.

JAQUINETA.- Señor cura, ¿queréis ser tan bueno que me leáis esta carta? Me ha sido entregada por Costard y remitida por don Armado. *(Dándole una carta.)* Os lo suplico, leédmela.

HOLOFERNES.- *Fauste, precor, gelida quando pecus omne sub umbra.*

Ruminat...

Et cœtera! ¡Ah, buen viejo mantuano! De ti puedo decir lo que el viajero de Venecia:

-*Venetia, Venetia,*
Chi non te vede, non te pretia.

¡Viejo mantuano! ¡Viejo mantuano! Quien no te comprende no te ama. *Ut, re, sol, la, mi, fa*. Con perdón, señor, ¿qué contiene esta carta; o más bien, como dice Horacio en su... ¡Cómo! ¡Por mi alma! ¿Versos?

NATANIEL.- Sí, señor; y muy doctos.

HOLOFERNES.- Recitadme una estrofa, una estancia, un verso. *Lege, domine.*

NATANIEL *(Leyendo.)*

Nunca obliga un juramento, si no se hace a la belleza.
Si el amor me hace perjuro, ¿cómo amor puedo jurar?
Aun infiel conmigo mismo, fiel seré a tu gentileza
Mis ideas, que eran robles, mimbres son a mi pesar.
Yo abandono el arduo estudio, y en el libro de tus ojos,
tabernáculos que guardan mil ensueños de placer
Sin buscar otras materias, hallan siempre mis antojos
ciencia humana, hábil cariño, nuevas cosas que aprender.
Gusta el alma del que ignora, contemplar sin asombrarse;

y yo admiro, y es mi elogio, tus divinas perfecciones.
Igneos rayos son tus ojos, tu voz trueno al enojarse;
y, sin ira, llama célida, dulce lira de áureos sones.
¡Oh, perdona, amor, la audacia que en mis cláusulas encierra!
Voz celeste necesitas, no un acento de la tierra.

HOLOFERNES.- Saltáis el apóstrofo, y perdéis, por tanto, el acento. Permitidme revisar la cancioneta.- Aquí está observada rigurosamente la cantidad silábica; pero en cuanto a la elegancia, la facilidad y la cadencia de oro de la poesía, *caret.* ¡Ovidio Nasón era el hombre! Y ¿por qué, a decir verdad, se llamaba Nasón, sino porque sabía aspirar las flores odoríferas de la fantasía, los rasgos de la invención? *Imitari* no es nada. El perro imita a su amo, el mono a su guardián, el caballo enjaezado a su jinete. Pero, damisela virgen, ¿va esto dirigido a vos?

JAQUINETA.- Sí, señor; por cierto monsieur Berowne, uno de los señores de la reina extranjera.

HOLOFERNES.- Examinemos el sobrescrito. «A la mano, blanca como la nieve, de la bellísima dama Rosalina.» Veamos todavía el significado de la carta, para conocer la nominación de la parte escribiente a la persona escrita. «Señora, a las órdenes de Vuestra Señoría en todo lo que tenga a bien prescribirme, *Berowne.*» Sir Nataniel, este Berowne es uno de los que han hecho juramento con el rey; y aquí ha forjado esta carta para una del cortejo de la reina extranjera, carta que, por casualidad o por vía de adelanto, ha equivocado la dirección. Deslizaos y partid, querida. Entregad esta carta en las reales manos de Su Majestad. Puede concernirle en extremo. No te detengas en cumplidos. Te dispenso de ellos. Adiós.

JAQUINETA.- Buen Costard, acompáñame. Señor, Dios guarde vuestra vida.

COSTARD.- Soy contigo, muchacha.

(*Salen* COSTARD *y* JAQUINETA.)

NATANIEL.- Señor, habéis obrado en esto muy religiosamente y en el temor de Dios, y como dice cierto padre de la Iglesia...

HOLOFERNES.- No me habléis de padre alguno de la Iglesia, señor. Siento horror por toda perfección perfecta. Pero volviendo a los versos: ¿es que os gustan, sir Nataniel?

NATANIEL.- Se hallan maravillosamente escritos.

HOLOFERNES.- Estoy invitado a comer hoy en casa del padre de un discípulo mío, donde, si antes de la comida tenéis a bien bendecir la mesa con alguna gracia, podría yo, gracias al privilegio de que gozo cerca de los padres del susodicho niño o alumno, procuraros un *ben venuto*. Allí os demostraré que esos versos son muy indoctos, sin sabor poético, ingenio ni invención. Os suplico vuestra compañía.

NATANIEL.- Y yo os doy las gracias; que la compañía -dice el proverbio- es la felicidad de la vida.

HOLOFERNES.- Y, ciertamente, el proverbio concluye del modo más infalible. *(A* DULL.) Señor, vos también quedáis invitado. No me digáis que no: *pauca verba*[(6)]. ¡Adelante! Los caballeros están en su caza y nosotros estaremos en nuestra recreación. *(Salen.)*

El mismo lugar

(Entra BEROWNE, *con un papel.)*

BEROWNE.- El rey está corriendo gamos; yo me estoy cazando a mí mismo. Ellos han tendido redes; yo me prendo en mi propia liga, una liga que embadurna, ¡Embadurnar! Fea palabra. ¡Bien; reposa, dolor! Dicen que el loco lo ha dicho. Yo, loco de mí, lo digo también. ¡Admirable deducción, ingenio! ¡Por el Señor! Este amor es tan furioso como Ayax. Mata a los corderos, y me mata a mí, como cordero que soy. ¡Todavía una admirable deducción del lado mío! ¡Yo no quiero amar! Ahórquenme si amo. A fe que no he de hacerlo. ¡Oh! A no ser por sus ojos..., ¡por esa luz!; a no ser por sus ojos, no la amaría. ¡Sí, por sus dos ojos! Bien; no hago en este mundo sino mentir y mentir por la gola. ¡Viven los cielos! Amo, y el amor me ha enseñado a versificar y a ponerme melancólico, y he aquí una muestra de mis rimas, he aquí una muestra de mi melancolía. Bien; ya la he remitido uno de mis sonetos. El rústico lo ha llevado, el loco lo ha enviado, la dama lo ha recibido. ¡Caro rústico! ¡Loco más caro aún! ¡Carísima dama! Por el mundo, que no me importaría un alfiler si los otros estuvieran igualmente enamorados. Aquí llega uno con un papel. ¡Dios le otorgue la gracia de gemir! *(Se encarama a un árbol.)*

(Entra EL REY, *con un papel.)*

EL REY.- ¡Ay de mí!

BEROWNE. *(Aparte.)*.- ¡Tocado, por el cielo! ¡Prosigue, dulce Cupido! Le has señalado, con tu flecha de cazar gorriones, debajo de la tetilla izquierda. ¡De seguro, secretos!

EL REY *(Leyendo.)*

No da el sol con su llama beso tan riente
a la flor mañanera que unge el rocío,
como tus ojos, cuando su rayo hiriente,
brilla a través del iris del llanto mío.
Ni la luna con su aéreo cendal de plata
copia en la onda su mística triste hermosura,
como tu rostro altivo, si se retrata
en el húmedo espejo de mi amargura.
Perla que cae, refleja tu faz divina;
y, al rodar, fulge en ella radiosamente
la luz de esa mirada que me fascina,
o el oro de tu tersa pálida frente.
Trovador de tu gloria será mi duelo;
tu dádiva, la risa que me enamora;
tu desdén, acicate de mi desvelo.
¡Oh, reina de las reinas! ¡Hora tras hora

robaré al aire frases que él roba al cielo,
para cantar la pena que me devora!

¿Cómo le haría conocer mi tormento? Voy a dejar caer el papel. ¡Dulces hojas, dad sombra a mi locura! ¿Quién se acerca? *(Se oculta detrás de un árbol.)* ¡Cómo! ¡Longaville! ¡Y leyendo! ¡Escucha, oído!

(Entra LONGAVILLE, *con un papel.)*

BEROWNE *(Aparte.)*.- Bien; ¡he ahí venir un loco más, que se te asemeja!

LONGAVILLE *(Aparte.)*.- ¡Ay de mí! Soy perjuro.

BEROWNE *(Aparte.)*.- En efecto, se acerca llevando papeles como un perjuro.

EL REY *(Aparte.)*.- Se halla enamorado, espero. ¡Feliz compañero de oprobio!

BEROWNE *(Aparte.)*.- Un borracho ama a otro del mismo nombre.

LONGAVILLE *(Aparte.)*.- ¿Soy yo el primero que así se ha hecho perjuro?

BEROWNE *(Aparte.)*.- En cuanto a eso, podría tranquilizarte. Conozco a dos que te acompañan. Tú completas el triunvirato. Eres la piedra angular de nuestra compañía; una especie de Tyburn del amor, donde se balancea nuestra necedad.

LONGAVILLE.- Temo que estas incorrectas líneas se hallen faltas de poder para conmoverla. ¡Oh, dulce María, emperatriz de mi amor! Rasgaré estos versos y te escribiré en prosa.

BEROWNE *(Aparte.)*.- Oh! Esas rimas son los ribetes de las bragas del travieso Cupido. No descompongas sus flojos calzones .

LONGAVILLE.- *He aquí cómo la abordaré. (Leyendo.)*

¿No ha sido la retórica de tu febril mirada
la que incendió en perjurios mi corazón sediento?
Infiel por amor tuyo, la deserción me agrada,
si en homenaje admites mi roto juramento.
Por ti a un amor renuncio; mas ¿quién amar desea
no siendo de tus ojos el resplandor divino?
Su luz, celeste y pálida, destruye al par que crea.
Roto cayó a tus plantas el ídolo mezquino.
Bella mujer, que irradias insólita blancura,
sobre la tierra en que arde de amor el alma mía,
mi aliento es el perfume que acariciar procura,
humo de incienso, el mármol de tu hermosura fría.
¿Qué importan mis traiciones, si por traidor diviso
bañado en luz de gloria, tu dulce paraíso?

BEROWNE *(Aparte.)*.- He aquí la obra del hígado, que hace de la carne una substancia divina y de una joven oca una deidad. ¡Pura, pura idolatría! ¡Dios nos corrija! ¡Dios nos corrija! Desbarramos.

LONGAVILLE.- ¿De quién me valdré para enviar esto?... ¡Gente! Ocultémonos. *(Se esconde.)*

BEROWNE *(Aparte.)*.- ¡Orí, orí! ¡Antiguo juego de niños! Como un semidiós sentado sobre el Olimpo, contemplo cuidadosamente desde las alturas los secretos de estos malaventurados locos. ¡Más sacos al molino! ¡Oh cielos! Mis aspiraciones se realizan.

(Entra DUMAINE, *con un papel.)*

¡Dumaine transformado! ¡Cuatro chochas en una fuente!

DUMAINE.- ¡Oh, divinísima Cate!

BEROWNE *(Aparte.)*.-¡Oh, profanísimo mequetrefe!

DUMAINE.- ¡Por los cielos! ¡La maravilla de los ojos mortales!

BEROWNE *(Aparte.)*.- ¡Por la tierra! Es tan sólo una criatura corporal. Por lo tanto, mientes.

DUMAINE.- ¡Su cabellera de ámbar eclipsa al mismo ámbar!

BEROWNE *(Aparte.)*.- ¡Un cuervo de color ámbar! ¡Cosa singular!

DUMAINE.- ¡Esbelta como el cedro!

BEROWNE *(Aparte.)*.- ¡Cuidado, eh! Tiene las espaldas encinta.

DUMAINE.- ¡Hermosa como el día!

BEROWNE *(Aparte.)*.- Sí, como algunos días en que brilla el sol por su ausencia.

DUMAINE.- ¡Oh, que no se realizaran mis deseos!

LONGAVILLE *(Aparte.)*.- ¡Y los míos!

EL REY *(Aparte.)*.- ¡Y los míos también, Altísimo Señor!

BEROWNE *(Aparte.)*.- ¡Amén, igualmente para los míos! ¿No es éste un hermoso vocablo?

DUMAINE.- ¡Quisiera olvidarla; pero enfebrece mi sangre y no me abandona su recuerdo!

BEROWNE *(Aparte.)*.- ¡Que enfebrece tu sangre! Una sangría podría ofrecérsela entonces en su cubilete. ¡Dulce equivocación!

DUMAINE.- Leamos una vez más la oda que le he compuesto.

BEROWNE *(Aparte.).*- Aquilatemos una vez más las diversas variaciones del amor.

DUMAINE *(Leyendo.)*

Un día, día funesto,
Amor, cuyo mes es mayo,
vió una flor bella en el aire
caprichoso jugueteando.
Entre sus hojas, la brisa,
invisible, se abría paso.
Enfermo, ansiaba el amante
ser en brisa transformado.
Brisa, decía, tus mejillas
triunfan, mas yo no lo alcanzo.
De tus espinas, mi diestra
no separarse ha jurados
Que se hizo la juventud
para coger lo que es bálsamo.
Si me convierto en perjuro,
no me acuses de pecado.
Júpiter, por ti jurara
que Juno era negra, acaso,
y negaría ser Júpiter
por ser mortal a tu lado.

Voy a remitirle esto y alguna cosa más clara, que exprese la dolorosa tortura de mi sincero amor. ¡Oh! ¡Que el rey, Berowne y Longaville no estuvieran también enamorados! El mal, sirviendo de ejemplo al mal, borraría de mi frente la tacha de perjurio, pues nadie es culpable cuando todos desatinan.

LONGAVILLE *(Avanzando.).*- Dumaine, tu amor no es caritativo cuando desea que sus tormentos los conlleven los demás. Podéis palidecer; pero yo me ruborizaría de haber sido sorprendido en una modorra así.

EL REY *(Avanzando.).*- Entonces, señor, enrojeced; vuestro caso es semejante. Reprimirle vos es ofenderle dos veces. Vos no amáis a María. Longaville no ha compuesto un soneto en su honor. Jamás ha cruzado los brazos sobre su pecho para contener los latidos de su corazón. Yo estaba oculto en esos zarzales; os he oído a los dos y por los dos he enrojecido. He escuchado vuestros versos culpables, he observado vuestras facciones, he advertido vuestros suspiros, he comprobado vuestra pasión. ¡Ay!, decía uno. ¡Por Júpiter!, exclamaba otro. ¡La una tenía los cabellos de oro, la otra los ojos de cristal! *(A* LONGAVILLE.) ¡Vos queríais violar vuestros juramentos por el paraíso! *(A* DUMAINE.) ¡Por vuestro amor, Júpiter habría infringido sus votos! ¿Qué dirá Berowne cuando conozca vuestra deslealtad, tras haber mostrado tanto celo en jurar? ¡Cómo va a despreciaros! ¡Qué ingenio va a derrochar! ¡Qué triunfo el suyo! ¡Cómo ha de saltar, cómo ha de reír! Por todas las riquezas del mundo no quisiera que supiese de mí otro tanto.

BEROWNE.- Avancemos ahora, para flagelar la hipocresía. *(Descendiendo del árbol.)* ¡Ah, mi querido soberano! Perdóname, te suplico. ¡Buen corazón! ¿Con qué derecho reprochas a estos gusanos que amen, estando más enamorado que ellos? Vuestros ojos no son carros radiantes, ni en vuestras lágrimas resplandece cierta princesa. Vos no querríais ser perjuro, que es cosa aborrecible. ¡Vaya! Ni escribir sonetos, que sólo se queda para los menestrales. Pero ¿no estáis avergonzado? ¡Muy bien! ¿Todos tres no os ruborizáis de haber sido así sorprendidos? *(A* LONGAVILLE.) Vos habéis visto una paja en el ojo de éste *(Por* DUMAINE.), y el rey otra en cada uno de los dos. Pero yo he descubierto la viga que os ciega a los tres. ¡Oh! ¡A qué escena de locura he asistido! ¡Qué de suspiros, de gemidos, de desesperanzas, de desolaciones! ¡Ay de mí! ¡Con qué reconcentrada paciencia he estado, para ver un rey transformado en mosquito! ¡Para contemplar a Hércules dándole al trompo, al profundo Salomón entonando una jiga, a Néstor jugando a los alfileres con los muchachos y a Timón, el crítico implacable, distrayéndose con nimias bagatelas! ¿Dónde reposa tu dolor? ¡Oh! ¡Cuéntamelo, querido Dumaine! Y tú, gentil Longaville, ¿dónde asientas tu pena? ¿Y vos, la vuestra, mi soberano? ¡Todos heridos en el corazón! ¡Un reconfortante, venga!

EL REY.- Tus bromas son demasiado amargas. ¿De suerte que hemos hecho traición en presencia tuya?

BEROWNE.- No, soy yo, y, no vosotros, el traicionado a mí mismo. Yo, el hombre honesto. Yo, que consideraba un pecado infringir un voto. Yo he sido el traicionado por aceptar como compañeros a hombres como vosotros, a hombres inconstantes. ¿Cuándo se me ha visto a mí escribir algo en verso, gemir por un marimacho o malgastar un minuto de mi tiempo en alisar mis plumas? ¿Cuándo habéis oído decir que he hecho el elogio de una mano, de un pie, de una cara, de unos ojos, de un modo de andar, de una actitud, de una frente, de unos pechos, de un talle, de una pierna o de un miembro?

EL REY.- ¡Basta! ¿A qué correr tan aprisa? ¿Es un hombre honrado, o es un salteador el que galopa así?

BEROWNE.- ¡Huyo del amor! Ilustre enamorado, déjame correr.

(Entran JAQUINETA *y* COSTARD.)

JAQUINETA.- ¡Dios bendiga al rey!

EL REY.- ¿Qué presente nos traes?

COSTARD.- Una traición cierta.

EL REY.- ¿Qué viene a hacer aquí la traición?

COSTARD.- Nada, no viene a hacer nada, señor.

EL REY.- Entonces, la traición y vos podéis iros en paz.

JAQUINETA.- Suplico a Vuestra Gracia tenga a bien leer esta carta. Nuestro párroco sospecha de ella. Asegura que envuelve traición.

EL REY.- Leedla, Berowne. *(Dándole la carta.) ¿De* quien la has recibido?

JAQUINETA.- De Costard.

EL REY *(A* COSTARD.).- ¿Y tú?

COSTARD.- De Dun Adramadio, Dun Adramadio.

(BEROWNE *rasga la carta.)*

EL REY.- ¿Qué es eso? ¿Qué hacéis? ¿Por qué rasgáis esa carta?

BEROWNE.- Es una tontería, mi soberano, una tontería. No se inquiete por ello Vuestra Gracia.

LONGAVILLE.- Le ha emocionado demasiado para que no intentemos leerla.

DUMAINE *(Juntando los pedazos de la carta.).*- La letra es de Berowne, y aquí está su firma.

BEROWNE *(A* COSTARD.).- ¡Ah, zopenco hideputa! ¡Has nacido para consumar mi vergüenza! Soy culpable, señor; soy culpable; lo confieso, lo confieso.

EL REY.- ¿Qué?

BEROWNE.- Que siendo tres los insensatos, sólo faltaba yo para la mesa completa. Este, ése, aquél y vos, mi soberano, y yo, todos somos cortabolsas del amor y merecemos morir. ¡Oh! Alejad este auditorio y seré más explícito.

DUMAINE.- Ahora el número es par.

BEROWNE.- En efecto, en efecto; somos cuatro.

EL REY.- ¡Fuera vosotros! ¡Salid!

COSTARD.- Que las gentes honradas formen rancho aparte y abandonen a los traidores.

(Salen COSTARD *y* JAQUINETA.)

BEROWNE.- ¡Queridos señores, queridos señores! ¡Oh! Abracémonos. Somos tan fieles como pueden serlo la carne y la sangre. La mar tendrá siempre flujo y reflujo, el sol mostrará su cara; la sangre ardiente no puede obedecer los preceptos de la vejez. No podemos suprimir la causa por que hemos nacido. ¡Era de toda necesidad que fuéramos perjuros!

EL REY.- ¡Cómo! ¿Esas líneas que acabas de rasgar atestiguaban algún amor por tu parte?

BEROWNE.- ¿Y lo preguntáis? ¿Quién podría ver a la celestial Rosalina sin, como el indio rudo y salvaje ante el primer rayo de sol de la espléndida aurora, inclinar la cabeza en señal de vasallaje, y ciego de deslumbramiento, besar la indigna tierra con el corazón rendido? ¿Qué ojos de águila dominadores, con vista resistente para mirar el sol, osarían contemplar el cielo de su frente, sin quedar cegados por su majestad?

EL REY.- ¿Qué celo, qué furor te inspiran ahora? Mi amada, señora de la tuya, es una luna, llena de gracia, en tanto Rosalina no es más que un astro que gravita en torno y cuyo resplandor apenas es visible.

BEROWNE.- ¡Mi S ojos, entonces, no son ojos, ni yo soy Berowne! ¡Oh! Si no fuera para esclarecer a mi amada, el día se cambiaría en noche. Los más exquisitos matices de excelencia suprema se han dado cita en sus lindas mejillas, donde diversos atractivos forman un solo portento y donde nada falta de lo que el deseo pueda apetecer. Prestadme el lenguaje florido de todos los idiomas sonoros... ¡Fuera, retórica afectada! ¡Oh! Ella no la necesita. Las alabanzas de los mercaderes no convienen sino a las cosas por vender. Ella está por encima de toda alabanza y, por consiguiente, los elogios demasiado sucintos la empañarían. Un eremita cubierto de arrugas, estropeado por cien inviernos, rejuvenecería cincuenta años contemplando su rostro. Su belleza reanima al anciano, y, como si acabara de nacer, da a su edad provecta la infancia de la cuna. ¡Oh! ¡Es el sol que alumbra a todas las cosas!

EL REY.- ¡Por el cielo, tu amada es tan negra como el ébano!

BEROWNE.- ¿Es que el ébano se le parece? ¡Oh madera divina! ¡Una mujer tallada en esta madera sería la felicidad! ¡Oh! ¿Quién puede recibir un juramento? ¿Dónde hay una Biblia? ¡Que jure que la hermosura carece de hermosura si no toma las miradas de sus ojos, y que ninguna cara es hermosa si no es morena como la suya.

EL REY.- ¡Oh paradoja! Lo negro es atributo del infierno, el color de las mazmorras, el ceño sombrío de la noche, y la hermosura debe parecerse a la diurna claridad.

BEROWNE.- Los demonios, para tentarnos más pronto, preséntanse bajo la apariencia de ángeles de luz. ¡Oh! Si la frente morena de mi dama se viste de obscuro, es porque está de duelo al ver los afeites y usurpados cabellos seducir a los enamorados con fingidos disfraces. ¡Ella ha venido al mundo para decidir que la belleza sea morena! ¡Sus atractivos cambiarán la moda del día! ¡Los colores naturales pasarán ahora por postizos, y el sonrosado, evitando la afrenta del desdén, se teñirá de negro para imitar su cutis!

DUMAINE.- ¡Por asemejarse a ella son negros los deshollinadores!

LONGAVILLE.- ¡Como que, desde su nacimiento, los carboneros pasan por hermosos!

EL REY.- ¡Y los etíopes se jactan de la finura de tu tez!

DUMAINE.- ¡La obscuridad no necesita ya candelas, porque lo obscuro es la luz!

BEROWNE.- Vuestras amadas no se atreverían a salir en tiempo de lluvia, por miedo a quedar lavadas y despintarse sus colores.

EL REY.- La vuestra debía escoger ese tiempo, pues siguiendo vuestra deducción, yo mismo tendría una cara más bella de no haberme lavado hoy.

BEROWNE.- Sostendré su hermosura, aunque tuviera que estar hablando hasta el día del juicio.

EL REY.- No hallarás en ese día demonio más espantable que ella.

DUMAINE.- Nunca he visto a un hombre pregonar hasta ese extremo una mala mercancía.

LONGAVILLE *(Enseñando su* calzado.).- Mira, he aquí a tu amor. Compara mi pie y su rostro.

BEROWNE.- ¡Oh! Si las calles estuvieran empedradas con tus ojos, sus pies serían lo bastante delicados para no dejar huellas.

DUMAINE.- ¡Oh infeliz! Si hollase tal pavimento, las calles reflejarían todo, como si ella marchara con los pies en alto.

EL REY.- Pero ¿a qué seguir? ¿No estamos todos enamorados?

BEROWNE.- Nada más cierto, y, por consiguiente, todos somos perjuros.

EL REY.- Entonces dejemos la charla; y tú, querido Berowne, demuéstranos ahora que nuestro amor es legítimo y que no hemos quebrantado nuestra fe.

DUMAINE.- Eso es; ve el modo de excusar nuestra falta.

LONGAVILLE.- ¡Oh! Alega algún argumento que nos permita proseguir; alguna ingeniosidad, algún subterfugio, con ayuda de los cuales podamos embaucar al mismo diablo.

DUMAINE.- ¡Algún remedio al perjurio!

BEROWNE.- ¡Oh! Tenemos más de lo que necesitamos. Atención, pues, soldados del amor. Considerad primeramente lo que debíais hacer. ¡Ayunar, estudiar y no ver mujeres! Traición inmensa contra el real Estado de la juventud. Decidme: ¿podéis ayunar? Vuestros estómagos son demasiado mozos, y la abstinencia engendra enfermedades. Cuando jurasteis entregaros al estudio, cada uno de vosotros, señores, abjuró de su libro. ¿Os halláis en disposición de soñar siempre, de investigar siempre, de reflexionar en todo momento? Pues entonces, ¿os sería dado a vos, señor, o a vos, o a vos, descubrir los fundamentos de la excelencia del estudio sin la hermosura de un rostro de mujer? De los ojos de las mujeres obtengo esta doctrina. Ellas son la base, los libros, las academias de donde brota el verdadero fuego de Prometeo. El trabajo durante largo tiempo sostenido, aprisiona las energías ágiles en las arterias, como el constante ajetreo y la acción de una marcha prolongada fatigan el vigor nervioso del viajero. Ahora, al jurar no ver el rostro de mujer alguna, habéis abjurado del uso de los ojos e incluso del estudio, que era el objeto más serio de vuestro juramento. Porque ¿existe en el mundo un autor capaz de enseñar la belleza como los ojos de una mujer? La ciencia no es más que un aditamento de nuestra individualidad. Allí donde estamos, nuestra ciencia reside también. Pues cuando nos conternplamos en los ojos de una mujer, ¿no vemos en ellos, asimismo, nuestra ciencia? ¡Oh! Hemos hecho voto de estudiar, señores, y por el mismo voto hemos repudiado nuestros verdaderos libros. Porque ¿cuándo, soberano mío, o vos, o vos, habéis hallado nunca en la meditación fría las ardientes estrofas con que os han enriquecido, a fuer de maestros, los incitantes ojos de una beldad? Las restantes disciplinas serias permanecen del todo inactivas en el cerebro, y estérilmente prácticas, apenas recogen

cosecha de su duro trabajo. Mientras que el amor, aprendido primero en los ojos de una dama, no sólo no vive encerrado en el cerebro, sino que, con la movilidad de todos los elementos, se propaga tan rápidamente como el pensamiento en cada una de nuestras facultades y las infunde un doble poder, multiplicando sus funciones y sus oficios. Añade a los ojos una segunda vista de valor inestimable. Los ojos de un enamorado penetran más que los del águila; sus oídos perciben el murmullo más ligero, que escapa al oído receloso del ladrón; su tacto es más fino, más sensible que las tiernas antenas del caracol en su concha en espiral; su lengua, más refinada que la del goloso Baco. Y en cuanto a su valor, ¿no es Amor un Hércules, encaramándose de continuo a los árboles de las Hespérides? Sutil como una esfinge; tan acariciador y musical como el laúd del brillante Apolo, que tiene por cuerdas sus cabellos. Cuando habla el Amor, enmudecen todos los dioses para escuchar la armonía de su voz. Jamás poeta alguno osó tomar la pluma para escribir, antes que a su tinta se mezclasen las lágrimas del Amor. ¡Oh! Entonces es cuando sus cánticos embelesan los oídos más duros e infunden a los tiranos una dulce humildad. Tal es la doctrina que extraigo de los ojos de las mujeres, que centellean siempre como el fuego de Prometeo. Ellas son los libros, las artes, las academias; que enseñan, contienen y nutren al universo entero. Sin ellas nadie puede sobresalir en nada. Por eso erais unos insensatos al abjurar de las mujeres, y lo seríais más aun si mantuvierais vuestro juramento. En nombre de la sabiduría, palabra que todos aman; en nombre del amor, vocablo que a todos gusta; en nombre de los hombres, autores de las mujeres; en nombre de las mujeres, por quienes han sido engendrados los hombres, olvidemos una vez más nuestros juramentos para acordarnos de nosotros mismos, si no queremos olvidarnos, guardando nuestros votos. La religión pide que perjuremos de esta suerte.La caridad colma la ley. Y ¿quién podría separar el amor de la caridad?

EL REY.- ¡Por San Cupido, pues! ¡Soldados, al campo de batalla!

BEROWNE.- ¡Avancemos los estandartes, señores! ¡Y ¡sus! a nuestros adversarios! ¡Sembremos el desorden y abajo con ellos! ¡Pero en el conflicto, tengamos antes buen cuidado de evitar su sol!

LONGAVILLE.- Hablemos ahora razonablemente. Dejemos a un lado las glosas. ¿Estamos decididos a galantear a esas hijas de Francia?

EL REY.- Y a conquistarlas también. Por consiguiente, es preciso imaginar algo que las distraiga en sus tiendas.

BEROWNE.- Primero conduzcámoslas desde el parque hasta allá. En seguida, durante el camino, tome cada uno la mano de su bella adorada. A la tarde inventaremos alguna diversión interesante para su regocijo, de las que nos permita la brevedad del tiempo; que las galas, los bailes, las mascaradas y las horas alegres, precursores del bello Amor, riegan su camino de flores.

EL REY.- ¡Adelante! ¡Adelante! No perdamos un tiempo que debemos aprovechar.

BEROWNE.- *Allons! Allons!* El que siembra cizaña no coge trigo, y la justicia equilibra siempre con medida igual. Las mujeres veleidosas pueden ser un azote para los hombres perjuros. Si eso sucede, nuestro cobre no adquirirá mejor tesoro. *(Salen.)*

Acto Quinto

Escena Primera

Parque del rey de Navarra.

Entran HOLOFERNES, SIR NATANIEL *y* DULL.

HOLOFERNES.- *Satis quod sufficit*[(7)].

NATANIEL.- Ruego a Dios por vos, señor. Las razones que nos habéis dado en la mesa han sido agudas y sentenciosas; agradables sin grosería, ingeniosas sin afectación, audaces sin imprudencia, sabias sin pretensión y originales sin herejía. He conversado cierto día, *quondam,* con uno de los favoritos del rey, que se titula, llama o apellida don Adriano de Armado.

HOLOFERNES.- *Novi hominem tanquam te*[(8)]. Su temple es altivo, su palabra concluyente, su lengua cortante, su mirada ambiciosa, su porte majestuoso y sus maneras, en general, vanas, ridículas y jactanciosas. Es demasiado hinchado, demasiado emperifollado, demasiado extravagante, como si dijéramos, demasiado peregrinesco, si puedo expresarme así.

NATANIEL.- ¡Epíteto singular y escogido! *(Sacando su libro de notas.)*

HOLOFERNES.- Devana el hilo de su verbosidad más finamente que la hebra de su argumentación. Detesto a esos fanáticos caprichosos, a esos tipos insociables y de extraordinaria precisión; a esos verdugos de la ortografía, que pronuncian a pedacitos, por ejemplo, *dout* en lugar de *doubt; det,* en vez de *debt, d, e, b, t,* y no *d, e, t;* que por *calf* dicen cauf, por *half, hauf;* que a *neighbour* «vocatur» *nebour,* y que abrevian *neigh* en *ne.* Es «abhominable» (ellos articularían *abominable).*

¡Esto me trae loco! *Anne intelligis, domine*[(9)]*?* ¡Es para volverse frenético, lunático!

NATANIEL.- *Laus Deo, bone intelligo.*

HOLOFERNES.- *Bone? Bone, por bene.* Rascáis un poco prisciano; pero no importa.

(Entran ARMADO, MOTH *y* COSTARD.)

NATANIEL.- *Videsne quis venit?*[(10)].

HOLOFERNES.- *Video, et gaudeo*[(11)].

ARMADO *(A* MOTH.).- «¡Pelitre!»

HOLOFERNES.- *¿Quare* «pelitre», y no belitre?

ARMADO.- ¡Bien hallados, hombres de paz!

HOLOFERNES.- ¡Salud el más militar de los señores!

MOTH *(Aparte a* COSTARD.).- ¡Han asistido a un gran festín de lenguas, y han robado las sobras!

COSTARD.- ¡Oh! ¡Desde hace mucho tiempo viven de la limosna de las palabras! Me asombra que tu amo no haya comido todavía, como si fueses tú una palabra, pues de pies a cabeza no pareces más largo que *honorificabilitudinitatibus.* Eres más fácil de engullir que un flap-dragon.

MOTH.- ¡Silencio! El chisporroteo principia.

ARMADO *(A* HOLOFERNES.).- Monsieur, ¿no sois hombre de letras?

MOTH.- Sí, sí, enseña a los niños el alfabeto. ¿Qué es lo que hacen *e* y *b*, deletreadas al revés, con un cuerno sobre la cabeza?

HOLOFERNES.- Be, *pueritia,* con un cuerno añadido.

MOTH.- ¡Be! ¡Un be... cerro con un cuerno, impertinente be... litre! ¡Ya veis lo que sabe!

HOLOFERNES.- *Quis, quis,* tú, ¿consuena?

MOTH.- Con la tercera de las cinco vocales, si las repetís; o con la quinta, si soy yo.

HOLOFERNES.- Voy a repetirlas: a..., e..., i...

MOTH.- ¡El becerro! Las otras dos terminan: o.., u...

ARMADO.- ¡Bien! ¡Por las ondas saladas del Mediterráneo! ¡Un magnífico golpe! ¡Un vivo botonazo de ingenio! S*nip, snap,* rápido y a fondo. ¡Esto regocija mi entendimiento! ¡Espíritu puro!

MOTH.- Presentado por un niño a un carcamal, cuyo espíritu es viejo.

HOLOFERNES.- ¿Cuál es la figura retórica? ¿Cuál es la figura retórica?

MOTH.- Cuernos.

HOLOFERNES.- Disputas como niño que eres. Vete a jugar al trompo.

MOTH.- Prestadme vuestro cuerno para fabricar uno, y yo daré un trompazo a vuestra infamia, *circum circa* ¡Hacer un trompo del cuerno de un cornudo!

COSTARD.- Aunque no tuviera en el mundo más que un penique, te lo daría para que te comprases una torta de jenjibre. ¡Toma, ahí va la remuneración que recibí de tu amo, bolsa de medio maravedí de ingenio, huevo de paloma de discreción! ¡Oh! ¡Que te hubiese forjado el cielo no más que mi bastardo! ¡Qué dichoso padre habrías hecho de mí! Anda; tienes ingenio *ad dunghill*, hasta la punta de los dedos, como vulgarmente se dice.

HOLOFERNES.- ¡Oh! Eso hiede a mal latín. *¡Dunghill* por *unguem!*

ARMADO.- Bachiller en artes, *præambula.* No tratemos con los bárbaros. ¿No educáis a la juventud en la escuela gratuita de lo alto de la montaña?

HOLOFERNES.- O del *mons,* el monte.

ARMADO.- Con vuestro amable permiso, de la montaña.

HOLOFERNES.- Sí, sin disputa.

ARMADO.- Señor, es deseo augusto y afectuosa del rey, que se felicite hoy a la princesa en su pabellón durante la parte trasera del día, o lo que la zafia muchedumbre denomina tarde.

HOLOFERNES.- La parte trasera del día, generoso señor, es una expresión adecuada, congrua y conveniente para la tarde; vocablo bien escogido, selecto, sonoro y apto, os lo aseguro, señor, os lo aseguro.

ARMADO.- Caballero, el rey es un noble hidalgo, mi familiar, os lo garantizo, y mi excelente amigo. La razón de esta familiaridad entre nosotros, quédese aquí. «Te ruego que apees todo tratamiento... Suplícote que te cubras...» Esto es lo que me dice, entre otras cosas más importantes más serias, más graves, en verdad. Pero no hablemos de eso. Porque todavía debo decirte que place a Su Gracia (lo juro por el universo) apoyarse algunas veces en mis pobres hombros y juguetear con sus reales dedos en mi excrescencia, es decir, en mi mostacho. Pero, querido mío, no adelantemos más. Por el universo, que no cuento ninguna fábula. Su Majestad se digna dar determinadas muestras de deferencia honrosa, eminentemente especial, a Armado, a un soldado, a un viajero que ha visto el mundo. Pero pasemos eso. Lo cierto del caso es (mas os imploro el secreto, apreciable amigo) que él quisiera que ofreciese yo a la princesa, a esa dulce paloma, algún espectáculo delicioso: pantomima, mascarada, farsa burlesca o fuegos artificiales. Ahora, sabiendo que el cura y vuestra distinguida persona sois diestros en esta clase de improvisaciones y súbitas explosiones de hilaridad, por decirlo así, os lo he comunicado al propio tiempo, para solicitar, por último, vuestra cooperación.

HOLOFERNES.- Señor, podemos representar ante la princesa *Los nueve paladines.* Maese Nataniel: se trata de nuestra cooperación en algún entremés a la moda, en cierto espectáculo que en la parte trasera de hoy ejecutaremos ante la princesa por orden del rey y de este apuesto, ilustrado y sapientísimo caballero. Yo digo que no hay nada tan a propósito como representar *Los nueve paladines.*

NATANIEL.- ¿Dónde hallaréis intérpretes dignos de semejante representación?

HOLOFERNES.- Vos mismo haréis de Josué. Yo, o este galante hidalgo, de Judas Macabeo. Ese patán, en atención a sus largos miembros y junturas, personificará a Pompeyo el Grande. El paje se encargará de Hércules...

ARMADO.- Perdón, señor, os equivocáis. No tiene proporción bastante para el pulgar de ese paladín; ni es tan grueso como la extremidad de su clava.

HOLOFERNES.- ¿Puedo ser oído? Representará a Hércules en su minoridad. Sus *enter* y sus *exit* consistirán en estrangular a una serpiente, a cuyo fin compondré yo una apología.

MOTH.- ¡Excelente recurso! De este modo, si alguien del auditorio silba, podéis exclamar: «¡Bravo, Hércules! ¡Ahoga ahora a la serpiente!» He ahí el medio de hacer graciosa una ofensa, aunque tengan pocos la gracia de inventarla.

ARMADO.- ¿Y de los demás paladines?...

HOLOFERNES.- Yo solo me encargo de tres.

MOTH.- ¡Triplemente digno caballero!

ARMADO.- ¿Puedo deciros una cosa?

HOLOFERNES.- Atendemos.

ARMADO.- Si esto no resulta, representaremos una farsa burlesca. Seguidme, os suplico.

HOLOFERNES.- *¡Via,* bravo Dull! Durante este tiempo no has abierto la boca.

DULL.- No he entendido nada absolutamente, señor.

HOLOFERNES.- *Allons!* Nosotros te emplearemos.

DULL.- Podré figurar en algún baile o cosa así, o tocaré el tambor a los paladines para que dancen una ronda.

HOLOFERNES.- Honrado Dull, obtuso Dull, a nuestra representación. ¡Adelante! *(Salen.)*

Escena Segunda

Otro lugar del parque.- Frente al pabellón de LA PRINCESA.

Entran LA PRINCESA, CATALINA, ROSALINA *y* MARÍA.

LA PRINCESA.- Queridos corazones: vamos a ser ricas antes de partir, si continúan los regalos con tanta abundancia. ¡Ved una dama fortificada de diamantes! Mirad lo que me ha remitido el rey enamorado.

ROSALINA.- Señora, ¿es que no acompañaba nada a ese regalo?

LA PRINCESA.- ¡Nada más que esto! ¡Ya lo creo! Cuanto amor en rimas puede contener una hoja de papel, escrita por ambos lados, con márgenes incluso, y todo lo que ha deseado firmar con el nombre de Cupido.

ROSALINA.- Era el medio de que creciera Su Deidad, después de haber permanecido cinco mil años hecho un niño.

CATALINA.- ¡Sí, y también un astuto desventurado que merece la horca!

ROSALINA.- Nunca seréis amiga suya; dió muerte a vuestra hermana.

CATALINA.- La convirtió en melancólica, triste y apesarada, hasta que murió. De haber sido tan ligera como vos, de un humor tan alegre, vivo y revoltoso, no hubiera muerto sin ser abuela. Lo que os sucederá a vos, pues un corazón encendido vive mucho tiempo.

ROSALINA.- ¿Qué significación obscura, ratoncito, dais a la palabra encendido?

CATALINA.- La de un corazón encendido en una belleza obscura.

ROSALINA *(Un tanto molesta.).*- Necesitamos más luz para entenderos.

CATALINA.- Apagaréis la luz soplando en ella. Por consiguiente, acabaré el argumento a la sombra.

ROSALINA.- Es natural; todo lo que hacéis es siempre en la sombra.

CATALINA.- No podéis vos decir lo mismo, pues sois una muchacha de ligereza encendida.

ROSALINA.- Verdaderamente, pero menos que vos; por eso soy ligera.

CATALINA.- Nunca me habéis pesado. ¡Oh! De ello deduzco que no sabéis cuánto peso.

ROSALINA.- Por una razón mayor: sois demasiado pesada.

LA PRINCESA.- Las dos os devolvéis bien la pelota. He aquí un *tennis* admirablemente jugado. Pero Rosalina, vos también habéis recibido un obsequio. ¿Quién os lo ha enviado? Y ¿en qué consiste?

ROSALINA.- Voy a decíroslo. Si mi cara hubiese sido tan linda como la de vosotras, mi regalo habría sido más importante. Esto lo atestigua. Mirad: he recibido también versos, que debo agradecer a Berowne. La medida es justa, y si el contenido lo fuera igualmente, sería la más hermosa divinidad de la tierra. Se me compara a veinte mil bellezas. ¡Oh! Ha hecho mi retrato en su carta.

LA PRINCESA.- ¿Se te parece?

ROSALINA.- Mucho en las letras, nada en los elogios.

LA PRINCESA.- «¡Hermosa como la tinta!» La conclusión es chistosa.

CATALINA.- ¡Bella como la B mayúscula de un cuaderno!

ROSALINA.- ¡Cuidado con los pinceles! ¡Cómo! ¡Que no muera deudora de vos, mi dominical encarnada, mi letra de oro! ¡Oh! ¡Lástima que tengáis la cara llena de la O!

CATALINA.- ¡Sea la viruela de la chanza! ¡Y que granice a todas las bravías!

LA PRINCESA.- Pero ¿qué os ha enviado el apuesto Dumaine?

CATALINA.- Este guante, señora.

LA PRINCESA.- ¿Y no os ha remitido el compañero?

CATALINA.- Sí, señora, y por añadidura algunos millares de versos, atestiguando la fidelidad de su amor: enorme traducción de hipocresía, compilación servil, profunda necedad.

MARÍA.- Longaville me ha enviado la presente, con estas perlas. La carta tiene más de media milla de larga.

LA PRINCESA.- No lo creo menos. ¿No hubieras deseado de todo corazón que fuera el collar más largo y la carta más corta?

MARÍA.- Sí, o que no puedan nunca desprenderse estas manos.

LA PRINCESA.- Seamos muchachas prudentes para burlarnos así de nuestros amantes.

ROSALINA.- Peores que locos son ellos, al comprar de este modo nuestras burlas. Quiero hacerle rabiar a ese Berowne antes de partir. ¡Oh, si lo tuviera a mi servicio, aunque no fuese más que una semana! ¡Cómo le domaría y lo convertiría en sumiso y débil; le haría esperar la ocasión, observar el momento, derrochar su ingenio pródigo en rimas inútiles, modelar su servicio totalmente a mi antojo y envanecerme de sus halagos para mofarme de ellos! Quisiera influenciar su vida como un mal augurio, para que se convirtiese en mi Loco y yo en su Destino.

LA PRINCESA.- Nada tan fácil de manejar, cuando cae en el lazo, como el sabio convertido en loco. Su locura, encerrada en el seno de la sabiduría, ofrece la autoridad de la sabiduría; y los auxilios de la educación y la gracia misma del ingenio agracian sus extravíos.

ROSALINA.- La sangre de la juventud no arde con tanta inmoderación como la de la gravedad cuando, amotinada, se entrega a la impudicia.

MARÍA.- La locura es menos visible en los locos que en los sabios que desatinan, pues éstos no tienen entonces más que una idea, dedicarse a hacer resaltar su estupidez.

(*Entra* BOYET.)

LA PRINCESA.- He aquí venir a Boyet, con la cara radiante de alegría.

BOYET.- ¡Oh! ¡Estoy desternillado de risa! ¿Dónde está Su Gracia?

LA PRINCESA.- ¿Qué noticias traes, Boyet?

BOYET.- ¡Preparaos, señora preparaos!... ¡A las armas, muchachas, a las armas! ¡Se aprestan a atentar contra vuestro reposo! ¡El amor se aproxima disfrazado y armado de argumentos! ¡Vais a ser sorprendidas! ¡Apelad a todos los recursos de vuestro ingenio; poneos en defensa, o inclinad la cerviz como cobardes, y emprended la fuga!

LA PRINCESA.- ¡San Dionisio nos defienda de San Cupido! ¿Quiénes son los que se disponen a entablar con nosotras un asalto de palabras? Habla, explorador, habla.

BOYET.- Hallábame tendido a la fresca sombra de un sicomoro, invocando las delicias de media hora de sueño, cuando ¡ved!, para interrumpir mis proyectos de sopor, distingo al rey y a sus compañeros que se dirigían hacia aquella sombra. Me oculto prudentemente en un matorral vecino y oigo lo que vais a escuchar, o sea que dentro de breves momentos se presentarán aquí disfrazados. Su heraldo es un lindo bribonzuelo de paje, que ha aprendido de memoria los términos de su embajada. Le han enseñado allí el gesto y el acento. «Así es como debes hablar, y de esta manera como debes conducirte.» Y como, acto seguido, recelasen que la presencia de Vuestra Majestad le hiciera perder su aplomo, le dice el rey. «Es un ángel lo que vas a ver; por tanto, no tengas miedo, antes bien, habla audazmente.» Y replica el paje: «Un ángel no es un diablo; yo la temería si fuera un demonio.» Con lo cual todos aplaudieron y le prodigaron unas palmaditas en el hombro, haciendo al desenvuelto farsante más desenvuelto aún con sus alabanzas. Uno se frotaba así los codos, dibujando una mueca y jurando no haberse pronunciado jamás un discurso mejor. Otro castañeteando el pulgar y el índice, exclamaba: «*¡Via,* ya está decidido! ¡Suceda lo que quiera!» Un tercero hizo una cabriola y repuso: «¡Todo va bien!» Y el cuarto, queriendo girar sobre sus talones, se cayó al suelo. Hecho lo cual, todos han rodado por tierra, desatándose en risotadas tan ridículas, tan intensas que, para moderar su extravagancia, vierten tristes lágrimas de emoción.

LA PRINCESA.- Pero qué, ¿vienen a visitarnos?

BOYET.- Sí, sí, y disfrazados de moscovitas o de rusos, según sospecho. Su intención es charlar con vosotras, cortejaros y bailar. Y cada uno declarará su amor a su respectiva amada, que reconocerá por el respectivo regalo que le ha conferido.

LA PRINCESA.- ¿Y van a proceder así? Pues ya les doy trabajo a esos galanes; porque, damas, vamos a ponernos todas antifaz, y, no obstante su reiterado cortejo, ninguno de esos señores gozará del placer de contemplar el rostro de su dama. Rosalina, toma, lleva tú este regalo y el rey te cortejará creyendo dirigirse a su preferida. Tómalo, querida, y dame el tuyo. De esta suerte, Berowne me confundirá con Rosalina. Y cambiad vosotras también vuestros regalos, de manera que nuestros galanes se equivoquen de galanteo, engañados por estos trueques.

ROSALINA.- ¡A la obra, pues! Llevemos los regalos de modo bien visible.

CATALINA.- Pero ¿qué pretendéis con este cambio?

LA PRINCESA.- El objeto de mi intención es atormentar la suya. Proceden por pura mofa, y mi idea es devolverles chanza por chanza. Revelarán sus secretos a sus supuestas enamoradas, y nosotros nos burlaremos de ellos, a nuestra vez, en la primera ocasión que se presente de mostrar la cara descubierta, hablar y cumplimentarles.

ROSALINA.- Pero ¿bailaremos si nos lo piden?

LA PRINCESA.- No, ni por la muerte moveremos un pie, ni les felicitaremos por sus discursos escritos, sino que mientras nos hablen, les volveremos la espalda.

BOYET.- ¡Bravo! Ese menosprecio matará la intrepidez del orador, que ha de sentir el abandono de su memoria.

LA PRINCESA.- Tanto mejor. Si uno de ellos enmudece, los otros no se atreverán a hablar. No hay juego más divertido que el de destruir juego con juego, para hacer de los suyos y de los nuestros el nuestro propio. De esta suerte, nos mofaremos de sus proyectados ardides, y, chasqueados por nosotras, allá se las hayan con su vergüenza. *(Suenan trompetas dentro.)*

BOYET.- Suena la trompeta. Enmascaraos, pues se aproximan las máscaras. *(Las damas se ponen los antifaces.)*

(Entran Moritos con música; MOTH, EL REY, BEROWNE, LONGAVILLE *y* DUMAINE, *en trajes rusos y enmascarados.)*

MOTH *(Recitando.).- ¡Salve, a las más ricas bellezas de la tierra!*

BOYET.- Bellezas no más ricas que el rico tafetán de sus antifaces.

MOTH.- *¡Sagrada compañía de las más hermosas criaturas! (Las damas le vuelven la espalda.)*

Que hayan vuelto las... espaldas... a los ojos mortales.

BEROWNE.- ¡Las *pupilas,* villano, *las pupilas!*

MOTH.- *¡Que hayan vuelto las pupilas a los ojos mortales! Fuera...*

BOYET.- Está bien; «fuera» es que ha terminado.

MOTH.- *Fuera concedernos vuestros favores, celestiales espíritus,*
No mirar...

BEROWNE.- *Mirar,*¡animal!

MOTH.- *Mirar con vuestros ojos asolados...,*
Con vuestros ojos asoleados...

BOYET.- Ellas no responderán a este epíteto. Mejor haríais en decir «ojos de jóvenes asoleadas».

MOTH.- No me miran, y esto me desconcierta.

BEROWNE.- ¿Es ésa tu habilidad?¡Retírate, miserable! *(Sale MOTH.)*

ROSALINA.- ¿Qué desean estos extranjeros? Informaos de sus intenciones, Boyet. Si hablan nuestro idioma, es voluntad nuestra que exponga alguno llanamente el objeto de su visita. Tratad de saber qué quieren.

BOYET.- ¿Qué deseáis de la princesa?

BEROWNE.- Nada, sino la paz y unos instantes de amable conversación.

ROSALINA.- ¿Qué desean, dicen?

BOYET.- Nada, sino la paz y unos instantes de amable conversación.

ROSALINA.- Bien; ya los tienen. Decidles que pueden retirarse.

BOYET.- Dice que ya los tenéis y que podéis retiraros.

EL REY.- Decidle que hemos medido muchas millas para bailar una medida con ella en este césped.

BOYET.- Dicen que han medido muchas millas para bailar una medida con vos sobre este césped.

LA PRINCESA.- No le entendemos. Preguntadle cuántas pulgadas hay en una milla. Si han medido tantas, fácilmente podrán decir la medida de una sola.

BOYET.- Si para llegar aquí habéis medido tantas y tantas millas, la princesa os pide que digáis cuántas pulgadas entran en una sola milla.

BEROWNE.- Decidle que las hemos medido con la fatiga de nuestros pasos.

BOYET.- Os oye por sí sola.

ROSALINA.- ¿Cuántos pasos fatigosos, en el número de millas fatigosas, habéis recorrido en el viaje de una milla?

BEROWNE.- No contamos los sacrificios que nos costáis. Nuestro deber es tan rico, tan infinito, que podemos dar todo género de pruebas sin contarlas. Dignaosmostrarnos el sol resplandeciente de vuestro rostro, y, como salvajes, lo adoraremos.

ROSALINA.- Mi rostro no es más que una luna, y aun cubierta de nubes.

EL REY.- ¡Benditas nubes! ¡Gloria la de esas nubes! ¡Dignaos, brillante luna, y vosotras también, estrellas, reflejaros, disipadas las nubes, en nuestros húmedos ojos!

ROSALINA.- ¡Oh, vano peticionario! Solicita alguna cosa más importante. ¡Tu demanda se circunscribe a un reflejo de luna sobre las aguas!

EL REY.- Concedednos entonces una medida. Tú quieres que formule una demanda, y ésta no encierra nada de extraordinario.

ROSALINA.- ¡Tocad, pues, músicos! ¡Pronto! *(Toca la música.)* ¡Aguardaos! ¡Todavía no! ¡No quiero bailar! ¡Ya veis, varío como la luna!

EL REY.- ¿No queréis bailar? ¿Por qué ese cambio súbito?

ROSALINA.- Cogisteis la luna en su plenilunio. Ahora ha cambiado.

EL REY.- Pero siempre es la luna y yo el hombre... La música toca; permitid que sigamos su compás.

ROSALINA.- Es un cuidado que dejamos a los oídos.

EL REY.- Preciso es que lo confiéis a vuestras piernas.

ROSALINA.- Pues que sois extranjeros, y venidos aquí por azar, no nos hacemos las desdeñosas. Tomad nuestras manos... Nosotras no queremos bailar.

EL REY.- ¿A qué viene entonces tendernos las manos?

ROSALINA.- Sólo para quedar amigos.- Una reverencia, queridos corazones, y acabe así la medida.

EL REY.- ¡Más medidas de esta medida! ¡No seáis tan cruel!

ROSALINA.- No podemos ofrecer más a ese precio.

EL REY.- ¿Os evaluáis a vos misma? ¿A cuánto estimáis vuestra compañía?

ROSALINA.- Al precio de vuestra ausencia.

EL REY.- Eso no puede ser.

ROSALINA.- Entonces no hay modo de cerrar trato; y así, adiós. ¡Dos adioses para vuestro disfraz y la mitad de uno para vos!

EL REY.- Ya que rehusáis bailar, charlemos, al menos, un poco.

ROSALINA.- Aparte, entonces.

EL REY.- Prefiero eso. *(Conversan aparte.)*

BEROWNE.- Bella de níveas manos, cambiemos una palabra dulce.

LA PRINCESA.- Miel leche y azúcar. He aquí tres.

BEROWNE.- Doblemos, pues, las tres, ya que sois tan golosa; aguamiel, mosto de cerveza y malvasía. ¡Bien corrido, dado! ¡Ahí tenéis media docena de dulzuras!

LA PRINCESA.- ¡Séptima dulzura, adiós! Desde que cargáis los dados, no jugaré más con vos!

BEROWNE.- Una palabra en secreto.

LA PRINCESA.- A condición de que no sea dulce.

BEROWNE.- ¡Revuelves mi bilis!

LA PRINCESA.- ¡Bilis! Palabra amarga.

BEROWNE.- A propósito, por tanto. *(Conversan aparte.)*

DUMAINE.- ¿Os dignáis cambiar una palabra conmigo?

MARÍA.- Decidla.

DUMAINE.- Bella dama...

MARÍA.- ¿Eso? Entonces: bello señor»... Tomadlo por vuestra «bella dama».

DUMAINE.- Permitidme que os hable bajo, y me despediré de vos. *(Conversan aparte.)*

CATALINA.- ¡Cómo! ¿Vuestro disfraz ha perdido la lengua?

LONGAVILLE.- Ya sé por qué razón me lo preguntáis, señora.

CATALINA.- ¡Oh! Venga esa razón; en seguida, señor, me impaciento.

LONGAVILLE.- Tenéis una doble lengua bajo vuestra máscara, y querríais ceder la mitad de ella a mi mudo disfraz.

CATALINA.- *Veal*, como dice el holandés. ¿Un *veal* no es un becerro?

LONGAVILLE.- ¡Un becerro, bella señora!

CATALINA.- No; un, bello señor, becerro.

LONGAVILLE.- Dividamos la palabra.

CATALINA.- No, yo no quiero ser vuestra mitad. Tomad la palabra entera y destetadla. ¡Puede convertirse en buey!

LONGAVILLE.- ¡Ved cómo vos misma os topáis con esas agudas mofas! ¿Queréis darme cuernos, casta dama? ¡No lo hagáis!

CATALINA.- En ese caso, morid becerro, antes de que crezcan vuestros cuernos.

LONGAVILLE.- ¡Una palabra en secreto con vos, antes de morir!

CATALINA.- Mugid entonces bajito, no sea que os oiga el carnicero. *(Conversan aparte.)*

BOYET.- La lengua de las doncellas burlonas es tan aguda como el filo invisible de la navaja de afeitar, que corta, sin que se advierta, el más pequeño cabello. Son indefinibles; todo lo que expresan, escapa al análisis; sus dardos tienen alas más rápidas que la flecha, la bala, el viento, el pensamiento y las cosas más veloces.

ROSALINA.- ¡Ni una palabra más, mis damas; cesemos, cesemos!

BEROWNE.- ¡Por el cielo! ¡Nos han abrumado con sus desdenes!

EL REY.- ¡Adiós, locas muchachas! ¡Tenéis el ingenio un poco simple!

LA PRINCESA.- ¡Veinte veces adiós, helados moscovitas!

(Salen EL REY, los *señores, los músicos y el séquito.)*

¿Y es ésa la casta de talentos que tanto nos ponderaban?

BOYET.- Son bujías que ha extinguido vuestro dulce aliento.

ROSALINA.- Tienen un ingenio rollizo, grueso, grueso, gordo, gordo.

LA PRINCESA.- ¡Oh, pobreza de ingenio! ¡Réplicas poco dignas de un rey! ¿No les suponéis capaces de ahorcarse esta noche? ¿Creéis que volverán a aparecer nunca, sino bajo sus disfraces? ¡Ese despierto Berowne ha cambiado completamente de fisonomía!

ROSALINA.- ¡Oh! ¡Se hallaban todos en un estado lamentable! ¡El rey, apuntándole las lágrimas, mendigaba una palabra de consuelo!

LA PRINCESA.- Berowne, no sabiendo ya qué decir, juraba y perjuraba.

MARÍA.- Dumaine ponía a mi servicio su persona y su espada. «No *point*», le he contestado. Y mi servidor se ha quedado inmediatamente mudo.

CATALINA.- ¡El señor Longaville pretendía que le devolviera el corazón! Y ¿sabéis cómo me ha llamado?

LA PRINCESA.- Mal de corazón, quizá.

CATALINA.- ¡Justo, a fe!

LA PRINCESA.- ¡Anda, cómo estás, enfermedad!

ROSALINA.- ¡Jesús! Mejores cerebros se hallarían bajo simples gorros estatutarios. Pero ¿queréis oírlo? ¡El rey es mi amante jurado!

LA PRINCESA.- ¡El vivaracho Berowne me ha prometido fidelidad!

CATALINA.- ¡Y Longaville ha nacido para servirme!

MARÍA.- ¡Dumaine me pertenece, tan seguro como la corteza al árbol!

BOYET.- Madama, y vosotras, lindas señoritas, escuchad bien. Volverán pronto en su traje habitual, pues es imposible que digieran su agria afrenta.

LA PRINCESA.- ¿Creéis que tornarán?

BOYET.- Volverán, volverán, bien lo sabe Dios, y saltarán de júbilo, aunque estén cojos por vuestros golpes. Así, pues, descambiad los regalos y cuando reaparezcan, floreced como rosas fragantes en este aire veraniego.

LA PRINCESA.- ¿Florecer? ¿Cómo florecer? ¿Habláis para que se os entienda?

BOYET.- Las damas bonitas, cuando van enmascaradas, son rosas en capullo; en desenmascarándose, despliegan su dulce complexión, y son ángeles que bajan de las nubes o rosas eflorescientes.

LA PRINCESA.- ¡Atrás, perplejidad! ¿Qué haremos si nos cortejan en su verdadera forma?

ROSALINA.- Buena señora, si os queréis guiar por mí, burlémonos de ellos cuando aparezcan en su verdadera forma, como lo hemos hecho cuando estaban disfrazados.

Lamentémonos en su presencia de los locos que han venido aquí, bajo disfraces moscovitas, en la más extravagante apostura. Preguntémosles quiénes pueden ser y con qué objeto han llegado a nuestras tiendas, a ofrecernos el espectáculo de una mala comedia, de un prólogo mal escrito y en un ridículo disfraz.

BOYET.- Apartaos, señoras. Los galanes están a la vista.

LA PRINCESA.- ¡Corramos a nuestras tiendas, como corzas por la llanura!

(LA PRINCESA, ROSALINA, CATALINA *y* MARÍA.) *(Entran* EL REY, BEROWNE, LONGAVILLE *y* DUMAINE, *en su traje ordinario.)*

EL REY.- ¡Dios os guarde, amable señor! ¿Dónde está la princesa?

BOYET.- Ha marchado a su tienda. ¿Place a Vuestra Majestad ordenarme algún servicio cerca de ella?

EL REY.- Que se digne concederme audiencia para tina palabra.

BOYET.- Voy a transmitírselo, y tengo la seguridad de que accederá, señor. *(Sale.)*

BEROWNE.- Ese tipo picotea el ingenio como los pichones los granos, para expelerlos después, cuando a Dios le place. Es un buhonero del ingenio, que vende al por menor su mercancía en romerías y jaranas, reuniones, mercados y ferias; y nosotros, que vendemos al por mayor, como el Señor sabe, no tenemos la gracia de agraciar con tales mercancías. Ese galán prende de su manga con alfileres a las jóvenes. Si hubiese sido Adán, habría tentado a Eva. Sabe también trinchar y cecear. ¡Ahí es nada! ¡Un hombre que se besa a sí mismo la mano en señal de cortesía! El mono de las buenas formas, el monsieur elegante, que, cuando juega al chaquete, regaña a los dados en términos pulidos. Además, posee una voz media, con la que canta muy medianamente, y en el arte de ceremonias le aventajaría quien quisiera. Las damas le llaman precioso. Cuando baja las escaleras, los peldaños le besan los pies. Es la flor que sonríe a todos para ostentar sus dientes, tan blancos como las barbas de la ballena; y las conciencias que no quieren morir siéndole deudoras, le pagan el título de melifluo Boyet.

EL REY.- Deseo de todo corazón que se llene de ampollas esa lengua meliflua, que ha impedido representar su papel al paje de Armado.

(Entran LA PRINCESA, *precedida de* BOYET; ROSALINA, MARÍA, CATALINA *y gentes de su séquito.)*

BEROWNE.- ¡Mirad, ya viene! Ceremonial, ¿qué eras tú antes de que este hombre te practicase? Y ¿qué eres ahora?

EL REY.- Salud, bella dama. Os granizo de buenos días.

LA PRINCESA.- ¿Buenos días con granizo? Serán malos días, supongo.

EL REY.- Entended mejor mis frases, si tenéis a bien.

LA PRINCESA.- Hacedme mejores saludos, y os será concedido.

EL REY.- Venimos a visitaros y a proponeros que vengáis ahora con nosotros a la Corte. Dignaos acceder.

LA PRINCESA.- Este campo nos guardará, y de esta suerte guardaréis vos vuestro juramento. Ni a Dios ni a mí nos gustan los hombres perjuros.

EL REY.- No me reprochéis lo que vos misma habéis provocado. La virtud de vuestros ojos me ha impelido a infringir mi juramento.

LA PRINCESA.- No os equivoquéis acerca del sentido de la palabra virtud. Debierais haberla reemplazado por la de vicio, pues jamás la virtud ha tenido por norma quebrantar los juramentos de los hombres. Ahora, por mi honor virginal, tan puro todavía como el lirio inmaculado, protesto, aun cuando se me hiciera sufrir un mundo de torturas, que jamás aceptaré la hospitalidad de vuestra mansión. ¡Tanto es mi odio a tener que reprocharme haber sido la causa de la ruptura de un juramento prestado con sinceridad!

EL REY.- ¡Oh! Bastante tiempo habéis permanecido aquí en la desolación, sin ver a nadie ni recibir visitas, de lo que nos avergonzamos en gran extremo.

LA PRINCESA.- Nada de eso, señor. Juro que os equivocáis. Hemos disfrutado aquí de regocijos y agradables diversiones. No hace mucho que acaba de irse una caterva de rusos.

EL REY.- ¡Cómo, señora! ¿Rusos?

LA PRINCESA.- Cierto que sí, señor. Galanes bien ataviados, llenos de cortesía y de majestad.

ROSALINA.- Decid la verdad, señora. No ha sido así, señor. Madama, como es moda hoy, les tributa por cortesía inmerecidos elogios. Nosotras cuatro, en efecto, nos hemos visto afrontadas por cuatro individuos vestidos a usanza rusa. Han permanecido aquí una hora, han hablado durante el tiempo, y en el transcurso de ella, señor, no nos han recompensado con una palabra feliz. No me atrevo a llamarles imbéciles; pero creo que cuando tienen sed, hay imbéciles que desean beber.

BEROWNE.- Esa chanza me parece dura. Queridísima amiga, vuestro ingenio convierte en imbecilidades las cosas más discretas. Cuando miramos con los mejores ojos el brillante ojo del cielo, perdemos la luz por exceso de luz. Es de tal naturaleza vuestra capacidad, que ante vuestra opulencia intelectiva la sabiduría os parece imbecilidad y la riqueza indigencia.

ROSALINA.- Eso prueba que vos sois sabio y rico, pues a mis ojos...

BEROWNE.- Soy un imbécil cargado de pobreza.

ROSALINA.- Pues tomáis lo que os pertenece, fuera una falta arrancar palabras a mi lengua.

BEROWNE.- ¡Oh! Soy de vos con todo cuanto poseo.

ROSALINA.- ¿Es mío por entero el loco?

BEROWNE.- Es lo menos que puedo daros.

ROSALINA.- ¿Qué disfraz llevabais?

BEROWNE.- ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Qué disfraz? ¿Por qué me preguntáis eso?

ROSALINA.- Aquí, no hace mucho. Aquel disfraz, aquella envoltura superflua, que ocultaba la más fea cara y permitía ver la más hermosa.

EL REY.- ¡Estamos descubiertos! ¡Van a burlarse lindamente de nosotros!

DUMAINE.- Confesémoslo todo, y tomemos la cosa a chanza.

LA PRINCESA.- ¿Os quedáis estupefacto, señor? ¿Por qué mira Vuestra Alteza con aire tan triste?

ROSALINA.- ¡Socorro! ¡Frotadle las sienes! ¡Va a perder el conocimiento! ¿Por qué palidecéis? Creo que os habéis mareado viniendo de Moscovia.

BEROWNE.- Cuando las estrellas vierten su maleficio sobre un perjuro, ¿qué rostro de bronce resistiría? Heme aquí, señora. Hazme la víctima de tu numen, agobiame a desdenes; destrúyeme a escarnios; taladra mi ignorancia con tu agudo ingenio; córtame en pedazos con tu juicio mordaz. Y yo te prometo no invitarte nunca a bailar, ni jamás acompañarte en traje ruso. ¡Oh! Nunca jamás confiaré en discursos escritos o en palabras de un escolar. Nunca se me ocurrirá la idea de ir en busca de mi amiga con un disfraz, ni hacer la corte en rimas, como la copla de un menestral ciego. ¡Frases de tafetán, términos precisos de seda, hipérboles superfinas, afectaciones pulidas, figuras pedantescas, moscas de estío que me han inflado de espectaculares antojos, os detesto! Hago aquí el juramento por este guante blanco (¡Dios sabe cuánto más blanca es la mano que le lleva!), de que en adelante mis cumplimientos de amor serán formulados por un sí burdo o por un honrado no casero. Y para comenzar, doncella -¡que Dios me asista, eh!-, te amo con un amor *sans* raja ni grieta.

ROSALINA.- Sin *sans,* os lo suplico.

BEROWNE.- Queda todavía un resto de mi antiguo furor. Toleradme, estoy enfermo. Desaparecerá por grados... ¡Basta! Veamos. Escribid sobre estos tres: «El Señor se apiade de nosotros». Están infectados. En su corazón acude el mal. Tienen la peste, y de vuestros ojos se les ha contagiado. Examíneseles. Vosotras mismas no estáis exentas, pues reconozco en vosotras mismas las marcas del Señor.

LA PRINCESA.- No, los que nos han dado esas marcas están sanos.

BEROWNE.- Nuestro proceso va a prescribir. No consuméis nuestra ruina.

ROSALINA.- Eso es imposible. Porque ¿cómo puede prescribir un proceso que no ha comenzado?

BEROWNE.- ¡Silencio! No quiero tener negocios con vos.

ROSALINA.- Ni yo tampoco, si puedo hacer mi voluntad.

BEROWNE.- *(Al* REY, DUMAINE *y* LONGAVILLE.) Hablad por cuenta propia, que mi ingenio ha terminado.

EL REY.- Enseñadnos, dulce dama, alguna bella excusa que dulcifique nuestra grosera transgresión.

LA PRINCESA.- La más bella es una confesión leal. ¿No estabais aquí, hace unos momentos, disfrazado?

EL REY.- Sí, señora, estaba.

LA PRINCESA.- ¿Y os hallabais bien prevenido?

EL REY.- Hallábame, bella madama.

LA PRINCESA.- Cuando estabais aquí, ¿qué es lo que susurrabais al oído de vuestra amada?

EL REY.- Que la respetaba más que al universo entero.

LA PRINCESA.- Cuando ella os coja la palabra, la repudiaréis.

EL REY.- ¡No, por mi honor!

LA PRINCESA.- ¡Silencio! ¡Silencio! ¡Deteneos! Habiendo violado ya un voto, no os arredrará ser perjuro.

EL REY.- ¡Despreciadme, si quebranto éste!

LA PRINCESA.- Sea, y mantenedlo, pues. Rosalina, ¿qué fué lo que el ruso os cuchicheó al oído?

ROSALINA.- Señora, juró que me quería tanto como a su preciada vista, y que me prefería al mundo entero. Y acto seguido añadió que se casaría conmigo o, de lo contrario, moriría siendo mi pretendiente.

LA PRINCESA.- ¡Que Dios te otorgue la alegría de ser su mujer! El noble señor mantendrá honorablemente su palabra.

EL REY.- ¿Qué queréis decir, señora? Por mi vida y por mi fe, que jamás he hecho a esta dama semejante juramento.

ROSALINA.- ¡Por el cielo, que lo habéis pronunciado! Y en garantía de fidelidad me entregasteis este recuerdo. Pero tomadlo nuevamente, señor.

EL REY.- Mi fe y ese regalo fué a la princesa a quien los entregué. Y la reconocí por esa misma joya prendida en su manga.

LA PRINCESA.- Perdonadme, señor. Esta joya era ella quien la llevaba. En cuanto a mí, Berowne, y se lo agradezco, es mi amado. Qué ¿me queréis u os devuelvo vuestra perla?

BEROWNE.- Ni una cosa ni otra. Renuncio a las dos. Adivino la treta. Aquí ha habido una conspiración. Conociendo de antemano nuestro divertimiento, se han burlado de él como de una comedia de Navidad. Algún soplón, algún chocarrero, algún zani estúpido, algún farfullanoticias, algún capigorrón, algún Dick que sonríe a sus mejillas quintañonas, que conoce las tretas de hacer reír a madama cuando está dispuesta, ha revelado nuestras intenciones, y, descubiertas, estas señoras han trocado sus regalos. Con ello nosotros, guiados por los signos bajo los cuales creíamos reconocerlas, a ellos solos hemos hecho la corte. Para que nuestro perjurio sea más horrible todavía, hemos perjurado dos veces, la primera voluntariamente, la segunda por error. Bien empleado nos está. *(A* BOYET.) ¿Y no habéis tenido otra cosa que hacer sino prevenir nuestro proyecto para convertirnos a este extremo en desleales? ¿No conocéis la medida del pie de madama y reís al menor movimiento de las pupilas de sus ojos? ¿No os ponéis entre sus espaldas y el fuego, con un tajadero en la mano y chanceándoos regocijadamente, señor? Le hicisteis perder la cabeza a nuestro paje. Andad; decid cuanto se os antoje. Morid cuando os plazca, que no faltarán enaguas para amortajaros. ¿Me estáis mirando de reojo, verdad? ¡Hay ojos que hieren como una espada de plomo!

BOYET.- ¡Ufana y valientemente habéis recorrido este bravo galope, esta carrera!

BEROWNE.- ¡Mirad! ¡Está justando todavía! Silencio. He terminado. *(Entra* COSTARD.) ¡Bien venido, ingenio simple! Entras a tiempo de separar a dos famosos campeones.

COSTARD.- ¡Oh Dios! Señor, desearían saber si han de venir o no los tres paladines.

BEROWNE.- ¡Cómo! ¿No son más que tres?

COSTARD.- No, señor; pero será cosa «mu» fina, pues cada uno representa tres.

BEROWNE.- Tres por tres hacen nueve.

COSTARD.- No, señor; salvo error, señor, espero que no sea así. No podéis probarnos que somos idiotas, señor, os aseguro. Sabemos lo que sabemos. Me parece, señor, que tres por tres, señor...

BEROWNE.- Son nueve.

COSTARD.- Salvo error, señor. Nosotros sabemos cuánto montan.

BEROWNE.- ¡Por Júpiter! Siempre he creído que tres por tres eran nueve.

COSTARD.- ¡Oh Dios, señor! Sería una desgracia si tuvierais que ganaros la vida echando cuentas.

BEROWNE.- Pues ¿cuánto hacen?

COSTARD.- ¡Oh Dios, señor! Ya os harán ver las partes mismas, los actores, cuánto hacen, señor. Respecto de mi parte, soy, como ellos dicen, el único para perfeccionar un hombre en un pobre hombre, Pompeyo el Grande.

BEROWNE.- ¿Eres uno de los Paladines?

COSTARD.- Les ha placido suponerme digno de Pompeyo el Grande. Por mi parte, desconozco la condición del Paladín; pero debo representarlo.

BEROWNE.- Anda a decirles que se preparen.

COSTARD.- Vamos a salir finamente airosos de nuestro cometido, señor. Pondremos algún cuidado. *(Sale.)*

EL REY.- Berowne, van a cubrirnos de vergüenza. No les dejéis acercarse.

BEROWNE.- Estamos a prueba de vergüenza, señor; y parece político dar a estas damas un espectáculo peor que el del rey y sus compañeros.

EL REY.- Digo que no quiero que vengan.

LA PRINCESA.- Vamos, señor, permitidme ahora que os domine. Con frecuencia agrada una- diversión más que otra, sin que se sepa por qué. Cuando se pone el mayor interés en agradar y la obra sucumbe a causa del interés de los que la representan, la confusión de caracteres provoca generalmente la risa, en el instante en que abortaban todos los esfuerzos.

BEROWNE.- Una descripción justa de nuestra mascarada, señor.

(*Entra* ARMADO.)

ARMADO.- ¡Ungido! Imploro de tu real y caro hálito la venia para emitir un par de palabras.

(ARMADO *conversa con* EL REY *y le entrega un papel.)*

LA PRINCESA.- ¿Está ese hombre al servicio de Dios?

BEROWNE.- ¿Por qué lo preguntáis?

LA PRINCESA.- Porque no habla como un hombre creado por Dios.

ARMADO.- Es igual, bello, dulce, meloso monarca; porque, os lo juro, el maestro de escuela es excesivamente excéntrico, extraordinariamente vacuo, infinitamente vacuo; pero arriesguémoslo todo, como se dice, *a la fortuna de la guerra*; os deseo la paz del alma, mi muy real pareja. *(Sale.)*

EL REY.- Creo que vamos a ver una soberbia reunión de paladines. Él representa a Héctor de Troya; el patán, a Pompeyo el Grande; el cura párroco, a Alejandro; el paje de Armado, a Hércules, y el dómine, a Judas Macabeo. Y si los cuatro paladines fracasan en sus primeras muestras, cambiarán de indumentaria y representarán los cinco restantes.

BEROWNE.- En la primera parte entran cinco.

EL REY.- Os equivocáis; nada de eso.

BEROWNE.- El dómine, el fanfarrón, el cura de aldea, el bufón y el paje... Abatid de un golpe al novum, y el universo mundo no volverá a abasteceros de cinco semejantes, cada uno en su estilo.

EL REY.- El navío se ha dado a la vela, y hele avanzar vigorosamente.

(Entra COSTARD, *armado, en figura de Pompeyo.)*

COSTARD.- *Yo soy Pompeyo...*

BOYET.- ¡Mentís, que no lo sois!

COSTARD.- *Yo soy Pompeyo...*

BOYET.- ¡Con una cabeza de leopardo en las rodillas!

BEROWNE.- ¡Bien dicho, viejo zumbón! Es necesario que entre en amistad contigo.

COSTARD.- *Yo soy Pompeyo, Pompeyo llamado el Gordo...*

DUMAINE.- El Grande.

COSTARD.- El «Grande», en efecto, señor.

Pompeyo llamado el Grande,
Que con frecuencia en el campo de batalla, con el escudo y el broquel, he hecho sudar a mi enemigo,
Y que, viajando a lo largo de esta costa, he venido aquí por casualidad,
Y depongo mis armas ante las piernas de esta suave doncella de Francia.

Si Vuestra Señoría quiere decirme: «Gracias, Pompeyo», he terminado.

LA PRINCESA.- ¡Grandes gracias, gran Pompeyo!

COSTARD.- No merezco tanta honra, aunque, si bien se mira, he estado superior. Corre a mi cuenta una leve falta en lo de «Grande».

BEROWNE.- Mi sombrero contra medio penique a que Pompeyo resulta el mejor paladín.

(Entra SIR NATANIEL, *en armas, representando a* ALEJANDRO.)

NATANIEL.- *Cuando vivía en el mundo, fuí dueño del universo.*
De Este a Oeste, Norte y Sur esparcí mi poder conquistador.
Mi escudo muestra que soy Alejandro...

BOYET.- Vuestra nariz dice que no; vos no lo sois, pues es demasiado recta.

BEROWNE.- Vuestra nariz huele en esto el «no», caballero de olfato sensitivo.

LA PRINCESA.- El conquistador se ha cortado. Continuad, buen Alejandro.

NATANIEL.- *Cuando vivía en el mundo fuí dueño del universo.*

BOYET.- Certísimo, es la verdad; lo fuisteis, Alejandro.

BEROWNE.- Pompeyo el Grande...

COSTARD.- Vuestro servidor, y Costard para lo que mandéis.

BEROWNE.- Llevaos al conquistador, conducid a Alejandro.

COSTARD.- *(A* NATANIEL.) ¡Oh señor! Acabáis de hacer sufrir una derrota a Alejandro el Conquistador. En castigo de ello se os va a arrebatar vuestro traje de representación. Vuestro león, que conserva su hacha de armas, sentado sobre un asiento horadado, le será conferido a Ayax, que se transformará en el noveno paladín. ¡Un conquistador, y ha perdido el habla! ¡Retiraos con vuestra vergüenza, Alejandro! (NATANIEL *se retira.)* Es, si no lo tomáis a mal, un pobre diablo sin malicia, un hombre honrado, ya lo veis, que en seguida se acobarda. Un vecino incomparable, a fe, y un excelente jugador de bolos, pero que para Alejandro -¡ay, ya habéis sido testigos!- está por debajo de su papel. Los demás paladines se expresarán de otra manera.

LA PRINCESA.- Poneos a un lado, buen Pompeyo.

Entran HOLOFERNES, *armado, en figura de Judas, y* MOTH, *también armado, representando a Hércules.*

HOLOFERNES.- *Esta criatura representa a Hércules,*
Cuya clava mató a Cerbero, aquel canis *de tres cabezas,*
Y que siendo un bebé, un niño, un pigmeo,
Estranguló así serpientes en su manus,
Quoniam *aparece aquí en su menoridad.*
Ergo, *me adelanto con esta apología.*

Muestra cierta gravedad en tu *exit* y desaparece.

(MOTH *se aparta.)*

HOLOFERNES *(Prosiguiendo).- Yo soy Judas...*

DUMAINE.- ¡Un Judas!

HOLOFERNES.- No Iscariote, señor. *Yo soy Judas, sobrenombrado Macabeo.*

DUMAINE.- ¡Un Judas Macabeo esquilado es un verdadero Judas!

BEROWNE.- ¡Un besucador traidor! ¿Cómo te has convertido en Judas?

HOLOFERNES.- *Yo soy Judas...*

DUMAINE.- ¡Debiera darte más vergüenza, Judas!

HOLOFERNES.- ¿Qué queréis decir, señor?

BOYET.- ¡Queremos que Judas vaya a ahorcarse!

HOLOFERNES.- ¡Comenzad, señor; servidme de primero!

BEROWNE.- Bien contestado. Judas se ahorcó en un saúco.

HOLOFERNES -No he de cambiar de color.

BEROWNE.- Porque no tienes cara.

HOLOFERNES- Y esto, ¿qué es?

BOYET.- ¡El mástil de una cítara!

DUMAINE.- ¡La cabeza de un alfiler!

BEROWNE.- ¡El cráneo de muerto de una sortija!

LONGAVILLE.- ¡La cara de una antigua moneda romana medio visible!

BOYET.- ¡El pomo de la espada corva de César!

DUMAINE.- ¡La figura de hueso que se esculpe en un frasco de pólvora!

BEROWNE.- ¡El perfil de San Jorge en un broche!

DUMAINE.- ¡Sí, en un broche de plomo!

BEROWNE.- ¡Y colocado en el sombrero de un sacamuelas! Ahora continúa, pues te hemos puesto en fisonomía.

HOLOFERNES.- Me habéis hecho perder la fisonomía.

BEROWNE.- Falso; te hemos dado caras.

HOLOFERNES.- Pero os habéis descarado.

BEROWNE.- ¡Si fueras un león no obraríamos así!

BOYET.- Y como es un asno, puede marcharse. De suerte que, ¡adiós, dulce Judas! -Pero, ¿por qué te quedas?

DUMAINE.- Aguarda el fin de su nombre. Es un as.

BEROWNE.- ¿El as de Judas? Dádselo. ¡Judas..., as... no es! ¡Márchate!

HOLOFERNES.- Eso no es ni generoso, ni cortés, ni respetuoso.

BOYET.- ¡Una luz para monsieur Judas! Comienza a obscurecer y puede tropezar.

LA PRINCESA.- ¡Ay, pobre Macabeo! ¡Cómo ha sido tratado!

(Entra ARMADO, *en armas, representando a Héctor.)*

BEROWNE.- ¡Oculta tu cabeza, Aquiles! ¡He aquí a Héctor en armas!

DUMAINE.- Aun cuando mis chanzas cayeran sobre mí, quiero divertirme ahora.

EL REY.- Héctor no era más que un troyano, comparado con éste.

BOYET.- ¿Pero éste es Héctor?

EL REY.- Creo que Héctor no era tan membrudo.

LONGAVILLE.- Sus pantorrillas son demasiado abultadas para Héctor.

DUMAINE.- Demasiado abultadas, ciertamente.

BOYET.- Debiera habérselas adelgazado.

BEROWNE.- ¡Este no puede ser Héctor!

DUMAINE.- Es un dios o un pintor, pues hace caras.

ARMADO.- *El armipotente Marte de la invencible lanza*
Ha dado un regalo a Héctor...

DUMAINE.- ¡Una nuez moscada de oro!

BEROWNE.- ¡Un limón!

LONGAVILLE.- ¡Relleno de clavos de especia!

DUMAINE.- ¡No, hendido!

ARMADO.- ¡Silencio!

El armipotente Marte de la invencible lanza
Ha dado en regalo a Héctor, el heredero de Ilión,
Un tal aliento, que ciertamente podrá combatir
Desde la mañana hasta la noche, fuera de su tienda.
Yo soy la flor...

DUMAINE.- ¡De la menta!

LONGAVILLE.- ¡De la columbina!

ARMADO.- Querido señor Longaville, refrenad la lengua.

LONGAVILLE.- Más bien necesito aflojar el freno, pues se precipita contra Héctor.

DUMAINE.- Sí, porque Héctor es un buen lebrel.

ARMADO.- El bravo guerrero está ya muerto y podrido. ¡Queridos pollos, no remováis los huesos de los difuntos! Cuando respiraba, era todo un hombre. Pero prosigo con mi papel. (A *la* PRINCESA.) Dulce tallo real, prestad a mis palabras el sentido del oído.

LA PRINCESA.- Hablad, bravo Héctor, os escuchamos con placer.

ARMADO.- Adoro los chapines de tu dulce gracia.

BOYET *(Aparte a* DUMAINE.).- La ama por el pie.

DUMAINE *(Aparte a* BOYET.).- No puede amarla por la yarda.

ARMADO.- *Este Héctor aventajaba a Aníbal...*

COSTARD.- Camarada Héctor, tenéis a vuestra compañera en estado interesante. Se halla encinta de dos meses.

ARMADO.- ¿Qué quieres decir?

COSTARD.- ¡A fe que si no representáis el papel del honesto troyano, la pobre doncella está perdida! ¡Siente agitarse su fruto! ¡La criatura hace ya cabriolas en su vientre!¡Es de vos!

ARMADO.- ¿Pretendes difamarme en presencia de los potentados? ¡Morirás!

COSTARD.- Entonces Héctor será azotado, por haber embarazado a Jaquineta, y ahorcado por dar muerte a Pompeyo.

DUMAINE.- ¡Incomparable Pompeyo!

BOYET.- ¡Renombrado Pompeyo!

BEROWNE.- ¡Más grande que el grande, grande, grande, grande Pompeyo! ¡Inmenso Pompeyo!

DUMAINE.- Héctor tiembla.

BEROWNE.- Pompeyo está conmovido. Todavía más, Até; todavía más, Até! ¡Excítale! ¡Excítale!

DUMAINE.- Héctor le provocará.

BEROWNE.- ¡Sí, aunque no tuviera más sangre varonil en su barriga que la que necesita una pulga para su cena.

ARMADO.- ¡Por el Polo Norte! ¡Te desafío!

COSTARD.- ¡No me batiré con un polo como un hombre del Norte! ¡Quiero tajar a derecha e izquierda! ¡Quiero batirme con una espada! ¡Os lo suplico, permitidme recabar mis armas!

DUMAINE.- ¡Sitio a los irritados paladines!

COSTARD.- ¡Me batiré en mangas de camisa!

DUMAINE.- ¡Intrépido Pompeyo!

MOTH.- Maese, permitidme desabotonaros. ¿No veis que Pompeyo se desnuda para combatir? ¿Qué intentáis? ¡Vais a perder la reputación!

ARMADO.- Gentiles hombres y soldados, perdonadme. No combatiré en mangas de camisa.

DUMAINE.- No podéis negaros a ello. Ha sido Pompeyo quien os ha provocado.

ARMADO.- Amables hidalgos, puedo y quiero.

BEROWNE.- ¿Qué razón alegáis?

ARMADO.- Voy a deciros la verdad desnuda. No tengo camisa. Llevo la lana por penitencia.

BOYET.- Cierto, se la han impuesto en Roma por carecer de ropa blanca. Desde entonces puedo jurar que no ha usado más que el paño de cocina de Jaquineta, que lleva junto al corazón como una reliquia.

(Entra MONSIEUR MARCADE, *mensajero.)*

MARCADE.- ¡Dios os guarde, madama!

LA PRINCESA.- ¡Bien venido, Marcade! Pero ¿a qué obedece el que interrumpas nuestra diversión?

MARCADE.- Estoy desolado, señora, porque las noticias que traigo me pesan en la lengua. El rey vuestro padre...

LA PRINCESA.- ¡Muerto! ¡Por mi vida!

MARCADE.- En efecto. Es cuanto tenía que comunicaros.

BEROWNE.- Alejaos, paladines. La escena comienza a quedarse sombría.

ARMADO.- En lo que a mí respecta, respiro más libremente. He visto el día del ultraje a través del agujero reducido de la discreción, y me conduciré como un soldado. *(Salen los* PALADINES.)

EL REY.- ¿Cómo se encuentra Vuestra Majestad?

LA PRINCESA.- Boyet, disponed los preparativos. Deseo partir esta noche.

EL REY.- No, señora. Os suplico que os quedéis.

LA PRINCESA.- Disponed los preparativos, repito. Gracias, amables señores, por todas vuestras atenciones, y os ruego, en medio del dolor que me aflige, que os dignéis excusar o disimular, en vuestra discreción, las excesivas libertades que nos hemos tomado. Si hemos rebasado los límites con nuestras bromas, atribuid la culpa a vuestra amabilidad. ¡Adiós, digno

señor! Un corazón apenado rehusa extenderse en largas explicaciones. Dispensadme si con tanta brevedad os doy las gracias por haber accedido tan fácilmente a mi solicitación.

EL REY.- El tiempo, en su rapidez, modifica el curso le las cosas, y con frecuencia al abandonarnos es cuando decide lo que un largo proceso no pudo arbitrar. Y aunque la frente en duelo de una hija se oponga al sonreír cortés del amor, tiene una corte sagrada que quisiera triunfar de sus pesares. Sin embargo, ya que el amor ha podido hacer valer sus argumentos, que las nubes de la aflicción no le desvíen del objeto que se propone. Llorar los amigos perdidos es menos saludable que congratularse de los nuevamente hallados.

LA PRINCESA.- No os comprendo; duplícase mi dolor.

BEROWNE.- Las palabras en que la honestidad iguala a la franqueza son las que más fácilmente horadan los oídos del dolor. Y digo esto para que se comprendan las intenciones del rey. En aras de vuestra belleza hemos derrochado el tiempo y faltado a nuestros votos. Vuestra hermosura, señoras, nos ha transformado en otros hombres, modelando nuestro humor al extremo de separarlo del objeto que nos proponíamos. Si os hemos parecido ridículos, obedece a que el amor está lleno de extravagancias; que es caprichoso como un niño altarín y frívolo. Creado por los ojos, es semejante a los ojos, henchidos de apariciones, de atavíos y de formas extrañas. Varía sus visiones como los ojos que divagan posándose de un objeto en otro. Si nos hemos revestido de los abigarramientos del amor, y si a vuestros ojos celestiales han comprometido nuestra fidelidad y nuestra gravedad, impútesele la falta a esos mismos ojos celestiales que, testigos de la transgresión, nos han invitado a cometerla. Por consiguiente, señoras, como responsables de nuestro amor, sedlo también de los errores en que nos ha hecho incurrir. Traidores para con nosotros mismos, lo hemos sido para permanecer fieles a las que nos han convertido a la vez en fieles y en traidores, es decir, a vosotras mismas. De donde resulta que una traición, que es un pecado, puede purificarse en sí y transformarse en una virtud.

LA PRINCESA.- Hemos recibido vuestras cartas llenas de amor, y vuestros regalos, embajadores de este amor. Y en nuestro consejo virginal no hemos hallado sino una galantería, una broma de buen tono, una cortesía, una hinchazón retórica para pasar el rato. Pero nunca habíamos sospechado nada serio en nuestra opinión, y hemos acogido vuestro amor, tal como parecía ser, como una chanza.

DUMAINE.- Nuestras cartas, señora,. prueban que se trataba de más que de una chanza.

LONGAVILLE.- Y nuestras miradas también.

ROSALINA.- No es así como nosotras las habíamos interpretado.

EL REY.- Ahora que ha llegado el instante supremo, concedednos vuestro amor.

LA PRINCESA.- Nos parece todavía muy breve el tiempo para pactar un contrato a perpetuidad. No, no, señor. Vuestra Gracia ha perjurado en demasía; ha cometido un delito grave; que ella me escuche, pues. Si por mi amor (aunque de él ignoro la causa) estáis dispuesto a hacer alguna cosa, he aquí mi proposición. No fiándome de vuestros juramentos, iréis con la mayor premura a alguna ermita solitaria y renunciaréis a todos los placeres del

mundo. Permaneceréis allí hasta que los doce signos del Zodíaco hayan satisfecho el tributo de su evolución anual. Si esta vida austera, lejos de la sociedad, no cambia vuestra resolución, prometida en el ardor de la sangre; si los hielos y los ayunos, las incomodidades del alojamiento y lo grosero de los vestidos no marchitan las frágiles flores de vuestro amor, sino que resisten y sobreviven a su prueba, entonces, al expirar el año, venid a reclamarme en nombre de vuestros merecimientos, y por esta palma virginal, que ahora besa la tuya, te perteneceré. Hasta este instante, irá a sepultar mi triste existencia en una casa en duelo, a verter lágrimas de desolación en recuerdo de la muerte de mi padre. Si rehusas aceptar estas condiciones, sepárense nuestras manos, que nada se deberán uno a otro nuestros corazones.

EL REY.- ¡Si renuncio a esa prueba o a otra más dura, para devolver el descanso a mi alma agitada, que la mano de la muerte cierre al punto mis ojos! Desde ahora mismo mi corazón reside en tu pecho.

BEROWNE.- ¿Y vos, mi amor? ¿Qué me decís?

ROSALINA.- Que es menester también purificaros, pues vuestros pecados son enormes. Os halláis manchado con faltas y perjurios. Por tanto, si queréis obtener mi cariño, pasaréis doce meses consecutivos en visitar a los enfermos en sus lechos.

DUMAINE.- ¿Y vos, mi amor? ¿Qué exigís de mí?

CATALINA.- ¿A vos, que sois una mujer? ¡Barbas, salud y lealtad! He aquí lo que os deseo, con un triple amor.

DUMAINE.- ¡Oh! ¿Puedo deciros gracias, gentil esposa?

CATALINA.- Todavía no, señor. Durante doce meses y un día cerraré mis oídos a las proposiciones de los galanes almibarados. Venid cuando el rey venga por mi señora, y si en ese momento tengo mucho amor, os daré un poco.

DUMAINE.- Hasta entonces te permaneceré fiel y leal.

CATALINA.- No juréis, no obstante, de miedo a que volváis a perjurar.

LONGAVILLE.- ¿Qué dice María?

MARÍA.- A la terminación del duodécimo mes cambiaré mis vestidos de luto por un amigo fiel.

LONGAVILLE.- Esperaré con paciencia, pero el tiempo me parecerá largo.

MARÍA.- A semejanza de vos, pues pocos jóvenes tienen vuestra talla.

BEROWNE.- ¿Medita mi dama? Miradme, señora. ¡Mirad en mis ojos, esas ventanas de mi corazón, con qué humilde paciencia espero tu respuesta! Imponme algún servicio para merecer tu amor.

ROSALINA.- Frecuentes veces he oído hablar de vos, señor Berowne, antes de conoceros. La dilatada boca del mundo os proclama como hombre repleto de sarcasmos, henchido de

comparaciones y de rasgos injuriosos, que hacéis llover sobre cuanto se halla a merced de vuestro ingenio. Para desarraigar esa mala hierba de vuestro cerebro fértil, y, si vos lo deseáis, para obtener al mismo tiempo mi corazón (de otro modo habréis de renunciar a él), durante doce meses, día por día, visitaréis a los enfermos que ya no tengan habla, y conversaréis con los desgraciados que gimen. Vuestra ocupación consistirá en emplear todos los recursos de vuestro ingenio en excitar la risa en los labios del dolor.

BEROWNE.- ¡Excitar la risa en la garganta de la muerte! ¡Eso no puede ser! ¡Es imposible! ¡El regocijo no sabrá conmover un alma en la agonía!

ROSALINA.- ¡Bah! Ese es el medio de contener un espíritu mordaz, cuyo influjo no es debido sino a la complacencia con que los tontos lo animan. El éxito de un chiste depende más del que lo escucha que del que lo hace. Por consiguiente, si los enfermos, ensordecidos por sus lamentos propios, consienten en escuchar vuestras detestables chuscadas, en ese caso proseguid, y yo os aceptaré aún con ese defecto. Pero si ellos lo rehusan, renunciad a esa clase de ingenio, y al hallaros curado de esa falta, me alegraré de vuestra mejoría.

BEROWNE.- ¿Doce meses? Bien. ¡Suceda lo que quiera! ¡Estaré de broma todo un año en un hospital!

LA PRINCESA *(Al* REY.).- Sí, mi querido señor; y con esto me despido.

EL REY.- No, señora; os acompañaremos en vuestro camino.

BEROWNE.- Nuestros amores no acaban como las antiguas comedias. Juan no se casa con Juana. Estas damas podrían ser tan obsequiosas que diesen a nuestra diversión el desenlace de una comedia.

EL REY.- Vamos, señor; el desenlace será de aquí a doce meses y un día.

BEROWNE.- Que es demasiado largo para una comedia.

(Entra ARMADO.)

ARMADO.- Dulce Majestad, permitidme...

LA PRINCESA.- ¿No era Héctor ése?

DUMAINE.- El digno caballero de Troya.

ARMADO.- Vengo a besar vuestros reales dedos y a despedirme. He hecho un voto. He prometido a Jaquineta guiar el arado durante tres años para merecer su amor. Pero, estimables Grandezas, ¿queréis escuchar el canto dialogado que han compuesto dos sabios en elogio del buho y del cuclillo? Eso debería servir de final a nuestra representación.

EL REY.- Llamadles lo más pronto posible; los escucharemos.

ARMADO.- ¡Hola! ¡Acercaos!

(Vuelven a entrar HOLOFERNES, NATANIEL, MOTH, COSTARD *y otros.)*

Este lado es el *Hiems*, el Invierno. Este es *Ver*, la *Primavera*. El uno está simbolizado por el buho. El otro, por el cuclillo. Comenzad, *Ver*.

La Primavera

I

Cuando las margaritas multicolores y las violetas azules,
Las cardaminas blancas como la plata,
Y los cucos en capullo, de color amarillo,
Esmaltan con delicia las praderas,
Entonces el cuclillo, sobre cada árbol,
Se burla de los hombres casados, pues canta:
¡Cu-cu!
¡Cu-cu! ¡Cu-cu! - ¡Palabra terrible,
A los oídos de un esposo, desapacible!

II

Cuando los pastores modulan sobre una caña de avena,
Y las alegres alondras despiertan a los labradores;
Cuando las tórtolas, las cornejas y las grullas se aparean,
Y las muchachas tienden al sol sus refajos de estío,
Entonces el cuclillo, sobre cada árbol,
Se burla de los hombres casados, pues canta:
¡Cu-cu!
¡Cu-cu! ¡Cu-cu! - ¡Palabra terrible,
A los oídos de un esposo, desapacible!

El Invierno

III

Cuando los témpanos penden de los muros,
Y Dick, el pastor, se sopla las uñas, Y Tom lleva los leños al hogar,
Y la leche se hiela por completo en el cubo,
Cuando la sangre se quema y los caminos son malos,
Entonces, a la noche, el buho de ojos fijos canta:
¡Tu-juó!
¡Tu-juit! ¡Tu-juó! - Son placentero,
Mientras la gordinflona Juana espuma el puchero.

IV

Cuando el viento sopla fuerte
Y la tos impide oír el sermón del cura;
Cuando los pájaros buscan su alimento en la nieve,
Cuando la nariz de Mariana está roja y excoriada,
Y las manzanas silvestres silban al cocerse en la caldera,
Entonces, a la noche, el buho de ojos fijos canta:

¡Tu-juó!
¡Tu-juit! ¡Tu-juó! - Son placentero,
Mientras la gordinflona Juana espuma el puchero.

ARMADO.- ¡Las palabras de Mercurio parecen chillonas después de los cantos de Apolo! Salgamos. Vosotros, por aquí; nosotros, por allá.

(Salen.)

Notas

1. No lo creo.

2. Dos veces cocido.

3. Todo está bien.

4. Por Hércules.

5. Varón sabio es el que habla poco.

6. Pocas palabras.

7. Lo que basta es suficiente.

8. Conozco al hombre tanto como tú.

9. ¿Por ventura me entendéis, señor?

10. ¿Veis quién viene?

11. Lo veo y me alegro.

Libros Tauro
http://www.LibrosTauro.com.ar